

INTRODUCCIÓN

«¡Oh, suerte fiera y dura!
¡Llorad, ojos, llorad mi desventura!».

Leonor de la Cueva y Silva,
Liras en la muerte de mi querido padre y señor

JUNIO DE 1580

Isabel observaba con atención y cierto sentimiento de impotencia la blanca silueta que bailaba entre las olas, en el horizonte del sur. Aquel barco navegaba con todo el trapo desplegado, pero, ni aun así, alcanzaba a recortar la distancia que lo separaba de la Virgen de las Nieves. Ella lo sentía por su hermano Gabriel, que era el piloto. Sabía que él estaba poniendo todo el empeño del mundo en hacerlo bien, en ser digno de la responsabilidad que había asumido. Le dolía que no lograra acelerar más la marcha del barco, y con el pensamiento le daba ánimos. Siempre había estado muy unida a él.

Se hallaba en el coronamiento de popa, el punto más elevado de la cubierta. Allí corría una brisa agradable que la ayudaba a librarse de las náuseas que la habían acompañado desde el principio de la travesía. El mar estaba algo rizado y una infinidad de crestas blancas y espumosas alegraban el azul oscuro de su superficie.

—La Golondrina se está retrasando demasiado.

La voz de su padre la sacó de su ensimismamiento. Había un fondo de reproche en sus palabras, pese a haber sido dichas con amabilidad. Se había acercado por su espalda sin hacer ningún ruido, o al menos no tanto como el que provocaba el propio movimiento de la nao.

—Le pedís demasiado, padre. Mi hermano es sólo un piloto primerizo que trata de hacerlo lo mejor posible.

Santiago del Puerto se mantuvo en silencio, pero la expresión grave de su rostro no cambió.

Hacía varios días que habían salido de La Habana en dos barcos, para darse mutua protección, pero la Golondrina era una nave vieja y poco marinera que los obligaba a reducir la velocidad. Seguramente también estaba dirigida con poca pericia, aunque eso era disculpable. El piloto había desertado en La Habana y su hermano era el único reemplazo disponible.

La nao cabeceó más de la cuenta e Isabel dio un pequeño traspiés y se aferró a un cabo. Su padre le pasó un brazo por los hombros y le dijo que no se asustara, que sólo había sido una ola traviesa.

—El mar me da miedo. No puedo remediarlo —dijo ella, estremeciéndose—. Si pienso en el abismo sin fondo que se abre bajo nuestros pies, me echo a temblar.

Isabel había nacido y crecido en Veracruz, el más concurrido puerto caribeño de la Nueva España, pero desde la primera vez que se subió a un barco supo que el agua no era su elemento.

—Qué ideas tienes, hija —dijo su padre con una abierta sonrisa. Su voz casi se superpuso al grito del vigía.

—¡Velas por la amura de estribor!

Se dieron la vuelta. Isabel tenía ahora frente a sí todas las cubiertas de la nao, y los palos con sus velas desplegadas. Los hombres, que hasta hace un instante faenaban con diligencia, se habían detenido y miraban todos hacia un mismo punto. Isabel siguió la mirada de su padre, pero no distinguió nada. El resplandor del sol estorbaba la vista en aquella dirección. El azul del mar se aclaraba ligeramente y se fundía con el cielo en una línea difusa. Al fin, guiñando mucho los ojos, pudo identificar dos puntitos blancos muy distantes, casi tan distantes como La Golondrina.

Los gritos del capitán Beceiro atronaron el aire.

—Señor Ugalde, ocho cuartas a babor.

—Ocho cuartas a babor —repitió la voz de Juan Ugalde, un piloto experimentado en la carrera de Indias.

Los marineros, que habían salido de su momentáneo estupor, se movían con rapidez y agilidad, preparando la nao para la virada.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Isabel.

—Piratas —fue la breve contestación.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo Isabel, con el corazón de pronto acelerado—. Sólo son dos barquitos en la lejanía. Parecen copos de algodón.

—Son esos malditos perros del mar —insistió su padre con brusquedad. Nunca maldecía delante de ella—. Han variado el rumbo y se dirigen hacia nosotros.

Siguiendo las órdenes del capitán, se largaron cabos, se bracearon las vergas, el travesaño del pinzote se movió hacia estribor y la Virgen de las Nieves amainó al viento para poner rumbo este nordeste.

El capitán Beceiro pretendía alcanzar la costa de la Florida antes de que los piratas les dieran alcance, y puso toda su pericia, y la de Ugalde, en aprovechar hasta el último soplo de viento para escapar de ellos. Corrieron una legua y los perseguidores habían reducido en un tercio la distancia que los separaba de ellos. En la siguiente legua ya podían distinguir con claridad los palos y cascos de sus navíos y aún no había aparecido la silueta de la costa.

Santiago del Puerto le pidió a su hija que bajara a su camarote, pero todas las mujeres del pasaje estaban en cubierta y ella no quiso ser menos. La joven dividía su pensamiento entre su propia suerte y la de su hermano. La Golondrina, en lugar de dar media vuelta y alejarse de la Virgen de las Nieves, la seguía con obstinación.

A Isabel le costaba hacerse a la idea de que aquellos hermosos bajeles que cortaban las olas con tanta elegancia supusieran una amenaza. En cambio, los rostros de las demás pasajeras expresaban verdadero pánico. Se santiguaban, invocaban a la Virgen y al Altísimo y al mismo tiempo referían algunas historias truculentas sobre piratas.

La distancia continuó menguando y, cuando al fin fue visible la línea de la costa, el capitán se dio cuenta de que no la alcanzarían antes de ser cazados.

—Esta vez tendremos que pelear, Santiago, o... —El capitán dejó la frase en el aire.

—¿Rendirnos? ¿Con seis mujeres a bordo? —respondió el armador de la nao—. Sabes lo que les harán esos salvajes si las capturan.

El capitán cabeceó un par de veces, muy despacio, y le puso la mano en el hombro.

—Habrá que aprestarse para el combate.

La Virgen de las Nieves, una nao mercante de doscientos cuarenta toneles, iba pobremente armada para un enfrentamiento tan desigual. Sus cuatro cañones de pequeño calibre poco podrían hacer contra la artillería de los piratas, pero iban a sacarles todo el partido posible. Mientras los navíos enemigos se acercaban, el capitán Beceiro ordenó traer de la bodega municiones y pólvora con que cebarlos y tenerlos listos para hacer fuego. A los marineros les entregó sables y cuchillos, a la gente de pelea la situó con sus mosquetes en los puntos más altos

de la cubierta y en la verga de la mayor, y también les pidió a los hombres del pasaje que sacaran sus fierros y se aprestaran para combatir.

—O nos salvamos juntos o juntos nos condenamos.

Isabel observaba estos preparativos con menos alarma que asombro, fascinada por la repentina agitación que había en cubierta —las voces y silbidos, el movimiento de barricadas, pertrechos y bultos, las carreras de los hombres—, tan diferente de la rutina de cada día. Sin embargo, tan preocupada por las dificultades de su hermano como por las propias, no perdía de vista las evoluciones de La Golondrina, que mantenía el mismo rumbo e incluso se les había aproximado. ¿Habrían divisado ya a los piratas? Y si era así, ¿qué pretendían? ¿Sumarse al combate?

Juan Ugalde se acercó a las mujeres, que estaban reunidas en una esquina del alcázar. Les explicó que era peligroso permanecer más tiempo sobre cubierta y les pidió, con voz amable, que se refugiaran en el entrepuente. Algunas protestaron, alegando que querían estar junto a sus hombres.

—Vamos, mis señoras, despejad la cubierta —insistió el piloto. A pesar de que hablaba para todos, miraba solamente a Isabel, que se ruborizó. El piloto era un hombre apuesto que se había mostrado muy atento con ella desde el inicio de la travesía.

Las mujeres cruzaron la cubierta del alcázar con paso tambaleante, bajaron al combés y se plantaron en la amplia boca de la tolda.

—Hale, ya estamos dentro, señor Ugalde. Dad el encargo por cumplido —dijo con dureza una mujer rechoncha vestida de negro—, que también nosotras nos jugamos la vida.

El piloto no se sintió con ánimos de mantener un rifirrafe con aquellas mujeres, pero don Santiago, que estaba a su lado, mandó a su hija a la cámara de popa.

—Acompáñala tú también, Elvira —añadió. Elvira era su dama de compañía.

Isabel le dedicó a su padre una mirada suplicante que tuvo escaso efecto, pero la mujer vestida de negro volvió a intervenir:

—Si los piratas nos atacan por la popa, la cámara será un lugar muy poco seguro, señor. Yo que vos, la dejaría aquí.

Santiago del Puerto sopesó un momento aquellas palabras, que no estaban por completo carentes de razón, alzó la vista al cielo, hizo con los brazos un gesto de resignación y se quitó de en medio.

La mujer vestida de negro, que se llamaba Plácida, animó a las demás a rezar el rosario para levantar el espíritu y preparar el alma

para lo que hubiera de venir. Abrió un pequeño misal de pastas negras que llevaba siempre consigo y comenzó con el acto de contrición.

—Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor Dios Nuestro —recitó la mujer—. *In nomine patris, et filii, et spiritus sancti*. Amén.

—Amén —respondieron las demás.

A continuación recitaron el Credo y las letanías de Nuestra Señora. Isabel era muy devota y solía rezar el rosario con gran fervor, pero los acontecimientos de aquel día le impedían concentrarse y respondía de forma mecánica a las oraciones de Plácida.

—*Sancta Maria* —decía la mujer.

—*Ora pro nobis* —respondían las demás.

—*Sancta Dei Genetrix*.

—*Ora pro nobis*.

—*Sancta Virgo virginum*.

—*Ora pro nobis*.

Acababan de finalizar el tercer misterio cuando uno de los navíos enemigos cayó ligeramente a sotavento con la intención de cogerlos entre dos fuegos. Podían distinguirse las troneras de los cañones y las figuras de los piratas faenando en cubierta o trepados en la arboladura. A Isabel le pareció que aquellos hombres se movían con demasiado ardor y entusiasmo como para que algún sentimiento virtuoso los guiase. Y de repente sintió un intenso pánico.

—*Salve, Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra*.

—*Salve*.

La nao recibía el viento por la aleta de babor y el capitán Beceiro ordenó amollar escotas y virar por avante para ofrecer al navío más adelantado la banda de estribor. Este también maniobró para situarse de costado y en pocos momentos estuvo a distancia de fuego.

—Son ingleses —anunció el primer piloto, mientras señalaba el nombre escrito en el casco: Black Crow.

La primera andanada no se hizo esperar. Las balas impactaron en el forro del casco, agujerearon la vela del trinquete y destrozaron parte de la borda. La sangre de los heridos tiñó de rojo la tablazón de la cubierta. El capitán ordenó hacer fuego con las culebrinas de estribor, pero la distancia era todavía mucha para emplear los arcabuces. Los pajes estaban ocupados en ayudar con las culebrinas y sólo el barbero trataba de recoger a los heridos. Casi de inmediato, el segundo navío pirata, que se había acercado por detrás, abrió fuego con una de sus

baterías. Varios proyectiles impactaron en la popa y después en la banda de babor, causando más destrozos y nuevas bajas.

—Ya está bien de rezos —dijo Elvira de pronto, haciendo silenciar las avemarías del cuarto misterio y detenerse los dedos en las cuentas de los rosarios—, que esos hombres necesitan nuestra asistencia. —Y sin demora abandonó la protección de la tolda, se aproximó al barbero y lo ayudó a trasladar al herido.

Las demás mujeres, animadas por su ejemplo, corrieron a evacuar de la cubierta a otros dos heridos. Plácida e Isabel se hicieron cargo de un grumete que había sido alcanzado en el pecho y el hombro izquierdo por una falcada de astillas. Tosía con fuerza y escupía sangre, tenía el rostro contraído por el dolor, pero de sus labios no escapaba ningún gemido. Mientras jadeaba por el esfuerzo, Isabel lanzó una ojeada por encima de la borda, para intentar localizar a La Golondrina, pero entre el balanceo de la nao y su propia desorientación lo único que alcanzó a ver fue una muchedumbre salvaje y aulladora que las observaba con ojos chispeantes.

—¡Por las cinco llagas de Cristo, poneos a cubierto, mis señoras! —oyó gritar al capitán, pero Elvira y otra mujer hicieron caso omiso de la advertencia y fueron a rescatar al último herido, que, sentado al pie del árbol mayor, se agarraba con las manos una pierna por la que asomaba un fragmento de hueso.

Mientras el Black Crow maniobraba para virar y retornar al ataque, el otro navío pirata cayó a sotavento y se alejó hacia el sur.

—¡Se largan! —gritó Juan Ugalde.

Isabel no pudo contener la curiosidad, se acercó a la borda y echó un vistazo. Aquel navío se alejaba, en efecto, pero en dirección a La Golondrina.

—¡Resguárdate, hija mía! —Desde el barandal del alcázar, junto al capitán, su padre le rogaba más que le ordenaba. Llevaba la cabeza destocada, el pelo revuelto y una espada en la mano.

—Van a por ellos, padre —le respondió, señalando a lo lejos con la mano.

—Ponte a cubierto. Tu madre me matará si te ocurre algún percance.

Isabel regresó a la tolda, junto al resto de mujeres. Pero el peligro no había pasado. Era sólo una tregua engañosa, mientras el Black Crow completaba la virada y volvía sobre ellos a banda cambiada. Sin duda los piratas se sentían en tan franca superioridad que confiaban en poder derrotarlos con una sola nave.

A pesar del castigo recibido, el capitán Beceiro y sus oficiales estaban demostrando la serenidad necesaria para mantener a la dotación de la nao en sus puestos, a la espera del inminente abordaje. Los servidores de los dos cañones sujetaban en alto los botafuegos. La gente de pelea tenía las armas cargadas y las mechas encendidas, y el resto de los hombres, excepto los marineros indispensables para manejar el aparejo, aguardaban parapetados tras las empavesadas. Los pajes portaban cubos de arena para empapar la sangre, unas parihuelas para retirar heridos y varias cubetas con agua para apagar fuegos.

Isabel sentía aumentar la tensión mientras el navío pirata se aproximaba. Le latían las sienes y la boca se le había quedado seca. Las piernas le temblaban. Limpió con el borde de la falda la tapa de un arcón allí arrumado y se sentó en él. Elvira dio unos pasos y fue a sentarse junto a ella. Le pasó el brazo por los hombros y le habló con voz amable.

—Yo también tengo miedo, señora. —A pesar de los meses de trato que llevaban y de la poca edad que las separaba, su doncella seguía manteniendo las formas. En todo caso, su cordialidad y su calor consiguieron calmarle un tanto los nervios.

La tarde avanzaba, una tarde de junio hermosa y soleada en la que podía torcérsese el destino. Su padre había embarcado a sus dos hijos menores en aquel viaje para casarlos. A su hermano y a ella. Dejaba atrás familia y amigas, y a un mozo gallardo y divertido que la pretendía y le gustaba. Pero jamás se le habría ocurrido contradecir a su padre, y aceptó su sino con resignación y optimismo. Y allí estaban, en medio de un combate con una horda de feroces piratas cuyos rostros eran ya claramente perceptibles.

La ronca voz del piloto la sacó de sus cavilaciones.

—¡Atentos! A mi orden soltad trapo. Quiero más velocidad cuando se pongan a nuestra altura. No les vamos a poner fácil el abordaje.

El instante se hizo interminable. El Black Crow se les arrimaba por la banda de estribor, y tan cerca que casi habrían podido saltar de una borda a la otra. Ya estaba apenas a un cable, a medio cable, a menos. Los escopeteros de uno y otro navío comenzaron a intercambiar disparos. Una lluvia de plomo se abatió sobre la cubierta de la nao. Las balas zumbaban, golpeaban contra la madera, y algunas de ellas hacían carne en algún desgraciado.

—¡Ahora! —gritó Juan Ugalde.

Los marineros soltaron trapo y trincaron los cabos, la mayor y el trinquete se llenaron con el viento y la Virgen de las Nieves cobró

vida de repente. En un instante los navíos estuvieron borda contra borda, los cañones rugieron y la lluvia de plomo y astillas se hizo más intensa. Un humo azulado y picante ocultó por un momento las cubiertas. Parecía que la nao iba a sobrepasar con facilidad al enemigo, pero los piratas lanzaron tal cantidad de garfios y arpones que lograron aferrarla y detener su arrancada.

—Cortad los cabos. —La voz de Ugalde se alzó sobre la algazara.

Algunos marineros cogieron sus hachas y obedecieron al piloto, expuestos a los tiradores enemigos. Consiguieron cortar algunos cabos, pero con el resto no pudieron, y los piratas, aprovechando la mayor altura de su alcázar, saltaron al combés de la nao.

Pronto se desató el infierno. Isabel veía a unos y otros pelear en un remolino difícil de distinguir. Se luchaba sin orden ni concierto, en duelos individuales o colectivos. La fiereza de cada lance era terrible, pues no era otra cosa que la vida lo que estaba en juego. La gente de pelea que se había apostado en los palos bajó de ellos y se sumó a la contienda. Su destreza hacía buena falta, porque los piratas eran cada vez más numerosos. Su padre y el capitán Beceiro se habían colocado espalda contra espalda y a estocadas se defendían de sus enemigos, sin ceder un palmo. Pero Isabel apenas tuvo tiempo de alarmarse, porque Elvira haló de ella.

—Vamos, ayudadme con ese hombre.

Se refería a un caballero del pasaje que había recibido un tajo en la cabeza. Tenía el pelo y el rostro ensangrentados y se retorció en las tablas con grandes gestos de dolor. Las dos mujeres cruzaron entre la barahúnda de hombres, medio agachadas, ensordecidas por los gritos y disparos, casi asfixiadas por el humo, llegaron junto al caballero, lo agarraron por las piernas y tiraron de él hacia la tolda. Tenía el rostro irreconocible, pero por las vestimentas pudieron saber que se trataba del marido de la señora Plácida. Esta, sin alterarse, vertió el agua de un balde sobre la cabeza de su esposo y todas pudieron observar que el corte, aunque le había rebanado media cabellera, no le había partido el hueso. A continuación se remangó la falda y cortó una buena tira de su refajo para poder vendarle la cabeza. Otras mujeres acarreaban ya a otro herido, y eran estos tantos que enseguida se vieron desbordadas.

Para hacer más grande la confusión, desde el navío enemigo comenzaron a lanzar sobre la cubierta de la Virgen de las Nieves alcancías incendiarias que al caer se rompían y provocaban fuegos que nadie se preocupaba ya de apagar. Isabel, ayudada por Elvira, trataba

de rescatar a otro herido al que le habían cortado una mano cuando una de las alcancías se quebró a su lado; parte del aceite le salpicó la falda y el fuego no tardó en prenderla. Se puso en pie y empezó a gritar, olvidada de su propia seguridad. Un proyectil zumbó junto a su oreja derecha y agachó instintivamente la cabeza. Elvira, mientras tanto, le rasgaba la falda, se la quitaba de encima y con ella daba furiosos golpes sobre las llamas. En su turbación, con la vista puesta en el frente, Isabel se percató de que un hombre la observaba desde el castillo de proa del navío pirata, un hombre con expresión grave y mirada de águila. Parecía algo irreal, en medio del humo que la brisa deshilachaba, de la algarabía de gritos y lamentos, del entrechocar de hierros, el traquido de disparos y el crepitar de los fuegos. Pero fue sólo un instante. Elvira terminó de apagar el fuego y de un fuerte tirón la hizo agacharse tras la borda y volver a la realidad.

Cogieron entre ambas al mutilado y lo llevaron junto al barbero, que no daba abasto para atender a los heridos.

Los piratas estaban poco a poco haciendo retroceder a los españoles, que se batían ya a la desesperada. La mayoría de los cuerpos que yacían sobre cubierta pertenecían a la dotación de la nao. Hasta una de las mujeres había sido herida y se acurrucaba junto a los mamparos del castillo de proa. Del padre de Isabel y del capitán Beceiro no había rastro. En aquel momento, dos piratas, uno de ellos tuerto y el otro con una barba que semejaba un campo en barbecho, se fijaron en ellas. Los ojos les brillaban como si los hubiera iluminado directamente un rayo de sol. Se desentendieron de la batalla y corrieron a su encuentro, causando un gran alboroto entre el grupo de mujeres. Con los brazos extendidos y profiriendo aullidos en inglés los hombres parecían querer abarcarlas a todas. Sus rudas manos buscaban sus pechos, sus caderas, el vuelo de sus faldas. Pisoteaban a los heridos sin consideración, como caballos en celo. Al barbero, que protestó por su salvajismo, le endilgaron una estocada en el vientre y a doña Plácida, que golpeó a uno de ellos en sus partes pudendas, le partieron la nariz de un puñetazo.

El de la barba irregular, que también tenía los dientes podridos, se fijó en Isabel, quizá por vestir sólo la enagua, e intentó abrazarla. Ella lo esquivó con un rápido quite, salió de la tolda y se dirigió a la escala del alcázar. A su espalda oía gritos femeninos, pero no los entendía. A media subida, el pirata la cogió del tobillo y la hizo caer sobre las tablas del combés. Se dio un buen talegazo que le magulló

codos y rodillas, pero se revolvió con agilidad y corrió hacia la borda de estribor, donde de nuevo le dio alcance el hombre. Estaba a unos pies de distancia y abría los brazos para evitar que se le escapase. Sonreía, seguro de su presa, y seguía profiriendo frases incomprensibles. Isabel abrió la boca para chillar, pero en ese instante uno de los barriles de pólvora, alcanzado por un disparo o por alguna alcancía de aceite, estalló violentamente y la onda expansiva la lanzó por encima de la borda.

Vio un destello blanco que lo abarcó todo, sintió que el rostro le ardía y la cabeza le estallaba. La caída al vacío se le hizo eterna. Lo veía todo de color blanco, e incluso dudó de seguir viva. La frialdad del agua la despejó. Se había hundido dos o tres brazas y había tragado unas cuantas buchadas, pero braceando con fuerza logró salir a la superficie. Se hallaba entre los cascos de los dos navíos: el inglés estaba intacto, pero a la Virgen de las Nieves parecía que un monstruo marino lo hubiera masticado entre sus fauces. Tenía una enorme vía de agua en el costado, la cubierta y la arboladura estaban envueltas en llamas y no tardaría en convertirse en una verdadera pira. La gente saltaba al agua para tratar de salvarse, amigos y enemigos. En el navío pirata habían cortado todos los cabos que lo mantenían unido a la nao y maniobraban para alejarse.

El mar, que desde cubierta le había resultado tranquilo, estaba allí abajo bastante movido, con olas de regular altura que la obligaban a bracear sin descanso. Isabel sabía nadar lo suficiente para no hundirse como una piedra, pero no estaba segura de cuánto conseguiría mantenerse a flote. Tenía miedo de que hubiera una nueva explosión, y nadó para alejarse de la agonizante nao. Cuando el lomo de una ola la levantaba podía ver un cúmulo de cabezas que sobresalían del agua, aunque le resultaba imposible distinguir unas de otras. Estos buscaban tablas, cofres o barricas donde asirse, esos braceaban desesperados sin saber a dónde ir y aquellos se hundían y volvían a salir, boqueando y escupiendo agua, para luego hundirse definitivamente. Y no podía hacer nada para salvarlos. ¿Dónde estaría su padre? ¿Y Elvira?

Se fijó en un madero que flotaba a la deriva y nadó hacia él, procurando no perderlo de vista. La ropa empapada tiraba de ella hacia abajo y cada brazada le costaba un gran esfuerzo, pero finalmente consiguió alcanzarlo. Se trataba de un tablón grueso, de sección rectangular, de los que sujetaban la tablazón de las cubiertas, pero no recordaba el nombre que le daban los marineros. De momento, a ella

le servía de asidero. ¿Qué había sido de su hermano? ¿Qué iba a ser de ella? Comenzó a llorar y las lágrimas se mezclaban con el agua del mar. Le escocían los ojos y apenas entreveía el casco de la nao, cada vez más hundido. Todavía había gente a bordo. ¿Por qué no saltaban? ¿Acaso no sabían nadar? La deriva la estaba acercando al Black Crow, en cuya borda los piratas habían desplegado una red basta, hecha de maromas anudadas, para que los náufragos pudieran salvarse. ¿Salvarse para qué? ¿Para caer en las manos de esos salvajes? Pero dejarse morir era un pecado capital que la conduciría directamente al infierno. Y ella no quería condenarse.

El madero era difícil de dirigir, y tardó un rato en alcanzar el costado del navío. Había cada vez menos cabezas sobresaliendo del agua —¿cuántos se habrían ahogado?—, y las pocas que había se aproximaban, como ella, al buque pirata. Al fin logró poner una mano en la red, luego la otra, y tirando con fuerza pudo salir del agua, chorreando, y subir poco a poco por la inestable escala. Se sentía sin fuerzas. Alzó la cabeza para ver cuánto restaba y lo que vio le encogió el corazón: un montón de rostros feroces que no apartaban la vista de ella. Se detuvo y pensó en soltarse.

—¡Vamos, señorita, seguid adelante! —le gritó una voz en un castellano incorrecto.

Volvió a levantar los ojos, pero no identificó a nadie en concreto. Juan Ugalde, a su izquierda, trepaba por una estacha, y ese detalle la animó a continuar.

Al llegar arriba unas manos rasposas la alzaron sin consideración y la metieron dentro. Quedó de rodillas sobre las tablas. Antes de que hubiera recuperado el resuello se vio rodeada por una jauría hambrienta que se lanzó sobre ella y, a tirones y manotazos, le arrancó la ropa que llevaba.

Deseó haber muerto.

I

1

MAR BÁLTICO

Había marea baja y la playa, que apenas tenía pendiente, resultaba inmensa. El agua, de un color verde sucio, se hallaba en calma. Las olas, en líneas casi paralelas, levantaban las crestas con pereza y se abatían con mansedumbre sobre la arena, alargando sus lenguas y marcando una línea lobulada más oscura.

La primavera estaba entrada y dos hombres esperaban junto a un batel varado en la orilla. Uno de ellos se entretenía observando jugar a una pareja de niños delgados y fibrosos que hacían cabriolas, se perseguían y se tiraban puñados de arena entre risas y gritos, ajenos por completo a su presencia. Tenían las caras redondeadas, los ojos claros y el pelo corto, y aunque uno era rubio y el otro completamente albino, se notaba que eran hermanos. Llevaban los cuerpos rebozados en arena y se cubrían con sendos calzones de lana tan empapados que se les bajaban a cada rato, mostrando el arranque de las nalgas.

El cielo estaba azul con algunas nubes muy altas y claras que no conseguían restarle brillo al sol; sin embargo, la mañana era fresca. El hombre echaba en falta la capa, que había dejado sobre el catre de su camarote, y ver así a los niños, casi desnudos, le daba escalofríos.

El niño rubio parecía algo mayor, pero el albino era más ágil, más escurridizo y travieso. Le lanzaba al otro a la cara pellas de arena mojada y se retiraba corriendo. Su hermano lo perseguía para vengarse, pero el albino hacía rápidas fintas para esquivarlo. Luego se agachaba, cogía a la carrera otro puñado de tierra con el que formaba una nueva pella y se la tiraba. La última le acertó en los ojos y el niño rubio corrió a enjuagárselos en la orilla y volvió dispuesto a castigar la afrenta. Después de varias carreras infructuosas, consiguió ponerle una zancadilla y derribar a su compañero de juegos. Se montó a horcajadas sobre él y le restregó una y otra vez arena mojada por la cara, hablándole en un idioma que el hombre no comprendía. El albino movía la cabeza de un lado para otro y escupía la arena que le entraba en la

boca, pero no cesaba de reírse, lo que parecía restarle mérito a la victoria de su hermano.

Wismar era un puerto con mucho movimiento. En la amplia ensenada había anclados, aparte de los pesqueros, más de veinte mercantes entre cocas, urcas, naos y filibotes. Una buena parte de ellos lucía la enseña de la Liga Hanseática, pero también las había inglesas, imperiales, danesas y de otros reinos que asomaban al Báltico. El tráfico de lanchas y gabarras entre la playa y los navíos no cesaba.

Al borde de la arena se veía una línea de construcciones altas, de ladrillo rojo, con profusión de ventanas y con los tejados muy pendientes o escalonados. La ciudad estaba más allá de los almacenes, oculta por la muralla, de la que sobresalían sólo las torres más altas.

De uno de los almacenes salieron dos mujeres que se dirigieron a buen paso al encuentro de los hombres. La más joven riñó a los niños por estar perdiendo el tiempo, y estos corrieron hacia el almacén.

—Señor Duport, no puedo aceptar las cantidades que me habéis ofrecido —dijo la otra con sequedad. Iba con el pelo recogido y cubierto por una cofia, lo que confería a sus rasgos una dureza algo hombruna.

—Son las mismas que el año pasado —protestó al aludido sin mucha convicción.

—Los precios han subido.

—Decid mejor que los habéis subido, señora Lange.

—No me echéis la culpa a mí, sino al rey de España. —La expresión de estupor de su interlocutor fue grande, por lo que la mujer se sintió obligada a explicarse un poco mejor—. La grandísima cantidad de plata americana que ha acuñado y puesto en circulación está inundando el mercado. Y eso le resta valor a la moneda y hace que aumenten los precios.

El hombre se encogió de hombros. La economía de Europa le traía sin cuidado. Una gaviota con un pez en el pico pasó cerca de su cabeza y lo salpicó con algunas gotas de agua.

—El fardo de seda de Colonia cuesta sesenta y tres táleros —retomó la mujer el negocio, mientras la otra atendía en silencio a la plástica—, pero os lo podría dejar en sesenta, y el barril de clavos de acero, treinta y cuatro, aunque puedo bajarlo a treinta.

—El precio de los clavos lo veo justo, pero la tela... Son cuarenta fardos los que nos vamos a llevar y no puedo pagaros más de cincuenta y cinco táleros por cada uno.

—Cuarenta fardos es lo mínimo que se despacha aquí —respondió ella al punto—. Hay mercaderes que embarcan el doble o el triple. Puedo bajároslo en un tálero.

—Os ofrezco cincuenta y seis.

—Cincuenta y seis y tres cuartos.

—Cincuenta y seis y medio, pagados en reales de a ocho.

—Me parece bien, por esta vez. —La mujer se escupió en la palma de la mano y se la tendió, y el hombre se la estrechó. Se habían estado entendiendo en francés—. Prepararé el certificado de venta con sus sellos. Y vos preparad el dinero.

—Os entregaré hasta el último real cuando la mercancía esté cargada y estibada.

Duport se rio con carcajadas prolongadas y sonoras y la señora Lange sonrió abiertamente por primera vez.

—Sois un buen negociante, señor Duport.

—Me viene de familia.

—¿Aún seguís interesado en viajar con los barcos de los que os hablé?

—Desde luego.

—Dejad que os presente entonces a mi sobrina —dijo la señora Lange, e hizo una seña para que se acercase la otra mujer—. Señor Duport, esta es Eva Falk. Ella comanda los barcos.

El hombre intentó esconder la sorpresa que tal declaración le produjo y se llevó la mano al ala de su chapeo, a modo de saludo. Eva Falk cabeceó levemente. Tenía la piel muy blanca, tanto que el sol, en lugar de dorarla, la enrojecía. El pelo era rubio, alborotado alrededor de la cara y recogido en la nuca con una pequeña coleta. Iba vestida con una blusa clara, un corpiño oscuro que le realizaba el escaso busto y una falda del mismo color, bastante corta, que dejaba ver debajo unas calzas que se alargaban hasta el tobillo.

—Saldremos mañana, señor Duport —lo informó Eva Falk con una firmeza inesperada. La voz era ligeramente ronca y sus ojos lo miraban con agudeza—. Haremos escala en Amberes y nos quedaremos en Dunquerque.

Una tos a su espalda le hizo volver la cabeza a Duport. Su compañero reclamaba su atención.

—¿Vamos a viajar con ella? Sólo tiene dos barcos —le dijo en castellano—. Dentro de poco saldrá una flotilla más numerosa.

—Prefiero viajar en pequeño grupo, Pascual. Las flotas grandes son el objetivo predilecto de los piratas zelandeses. Y no digamos de los ingleses.

—A mí estas alemanas no me dan buena espina.

—Creo que la señora Lange es sueca, pero entiende unas cuantas palabras de castellano, así que ten cuidado con lo que dices —lo corrigió Duport.

Ninguna de las mujeres dio muestras de sentirse aludida. La señora Lange se había hecho a un lado, dando a entender que el negocio ahora era con su sobrina.

—¿Qué habéis resuelto, señor Duport? Porque quiero zarpar antes del alba —preguntó con cierta brusquedad Eva Falk. El viento movía las hilachas amarillas que le rodeaban la cara.

—Entonces habrá que comenzar la carga cuanto antes.

2

MAR BÁLTICO

Al regresar a bordo de la nao Diana, Pascual Laiseca se desahogó de los enojos que llevaba dentro. Era un santanderino de mucho carácter pero buen fondo al que Gabriel del Puerto había reclutado para sustituir al anterior maestre. Laiseca había sido piloto antes que maestre y tenía la mar metida en la sangre. Pocas personas podrían enseñarle algo que no supiera. Quizá por eso se inmiscuía en todos los asuntos de la nao, tuvieran que ver con el flete, la navegación o la estiba. Pero Gabriel conocía bien su pericia y aguantaba sus asperezas con paciencia.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas, capitán —empezó Laiseca algo acalorado—. No sé a cuento de qué seguimos haciéndonos pasar por franceses.

—Las mentiras son útiles.

—Pero peligrosas si nos descubren.

—Más peligroso es presentarse como católicos en esta tierra de herejes. Ea, Pascual, dejemos los debates, que hay que darse prisa con la carga.

—Esa es otra. Vaya precio que nos han cobrado por el cargamento... Más caro que la última vez.

—Todas las mercancías nos han costado en este viaje más que en el anterior. Pero si crees poder hacerlo mejor, adelante, négocíalas tú.

—Un cuerno voy a negociar yo —exclamó el señor Laiseca, pero Gabriel sabía que era el último trueno de la tormenta—. No soy ni el dueño de la nao ni el armador, sólo el maestro. Si vos estáis de acuerdo en perder el dinero, no seré yo quien os lo impida.

—Hala, vayamos fuera, a prepararlo todo.

La Diana, una nao de pequeño arqueo, se la habían comprado Gabriel del Puerto y Martín Robledo, su viejo socio, a un corsario inglés en las islas Azores hacía ya algunos años. De su antigua tripulación sólo quedaban a su lado un par de españoles, otros dos franceses, un portugués, un holandés llamado Jerónimus, más ladino que un pirata berberisco, y Antonio Martínez, un náufrago al que los indios de la Florida habían esclavizado y apodado Mahagüini, que era como pronunciaban ellos su apellido. También el piloto había cambiado. El actual era un flamenco católico, Frans Vermeulen, que resultaba insustituible para navegar aquellas aguas.

Acarrear las mercancías desde el almacén hasta la bodega de la nao les llevó la mitad de la tarde. Para facilitar la tarea, la señora Lange le alquiló, por unos marcos, una gabarra de buenas proporciones. Al finalizar el último viaje, Gabriel la acompañó al almacén y le hizo entrega de tres saquitos de cuero de becerro llenos de monedas. La mujer se sentó junto a una mesa de madera oscura, pulida por el uso, y procedió a vaciar el dinero y contarlo. Sus dedos robustos se movían con rapidez y agilidad por las piezas de plata, que iba apilando según su valor: reales, dos reales, tostones y duros. Mientras lo hacía, Gabriel se acomodó en el borde de una banqueta y pasó revista a las mercancías que abarrotaban aquel almacén, bien ordenadas y apiladas. Había allí fardos y líos de tela, balas de lana, enormes bobinas de hilo, cestas con cintas de colores, arcones con ropa elaborada, calzas, camisas, jubones, toneles de diferentes tamaños y grosores, cántaras de vino y aceite, barricas de miel, cajas rellenas de paja y objetos de vidrio, planchas y barras de hierro, de bronce y de otros metales; aparejos para los barcos, cabos, estachas, lona, motones, anclotes, palas y remos. Al fondo del local, cerca de la puerta trasera por la que accedían las carretas, había varios montones de pescado seco que atufaban el aire. Y sólo era la primera planta.

Los dos niños se habían acercado a la mesa donde la señora Lange trabajaba y la observaban en silencio. Debían de tener prohibido interrumpirla mientras contaba el dinero, porque no dijeron una palabra.

—No se parecen mucho a vos —comentó Gabriel cuando le vio anotar las cantidades en un grueso cuaderno.

—Es que son míos —dijo a sus espaldas la voz ronca de Eva Falk.

—¿Y su padre?

—Son sólo míos —respondió ella de manera tajante.

Gabriel escrutó su rostro con impertinencia, tratando de calcular su edad. ¿Treinta quizás? No era una mujer especialmente hermosa, pero se mostraba dotada de una enorme fuerza de voluntad, algo necesario, por otra parte, para dirigir una flotilla mercante. Pensó que era una curiosa sociedad la que formaban la tía y la sobrina.

—Paráis poco por aquí, señora Falk —comentó Gabriel, picado por la curiosidad—, pues hasta ahora no os he visto.

—Me paso la vida navegando, señor Duport. ¿No os pasa a vos lo mismo? —dijo la mujer con expresión amable, pero no risueña. Sus ojos de color azul intenso lo miraban, sin embargo, con agrado.

—No sabría qué deciros. En estos mares y puertos dedica uno más tiempo a negociar los fletes y cargar y descargar las bodegas que a navegar.

—¿Y qué otros mares puede haber?

Iba a responderle Gabriel que el Atlántico abierto, donde las travesías duraban semanas, si no meses, cuando los interrumpió la señora Lange, que ya había concluido con los apuntes.

—Faltan cuatro táleros y medio, caballero.

—Ah, no. El dinero está justo, mi señora. Sabéis bien que un tálero tiene cuatro décimas partes menos de plata que una pieza de a ocho, y que su plata es menos pura. En realidad, vos me debéis a mí uno, pero os lo dispenso a cuenta de que vuestra sobrina nos vaya a guiar en la salida del Báltico.

—Estáis en todo, Duport —respondió ella con cierto disgusto mientras su sobrina dejaba escapar una breve carcajada. Después metió el dinero en una pesada caja de hierro que cerró con dos candados, y dio el trato por concluido.

Zarparon antes del amanecer, con la brisa terral. La embocadura del puerto de Wismar era amplia y salieron de él con facilidad. Los tres barcos navegaron en conserva, aunque guardando las distancias para no quitarse el viento. La Diana iba en el centro y la flanqueaban, a sotavento y a barlovento, los dos filibotes de Eva Falk, que eran navíos estrechos y de poco calado, muy adecuados para la navegación por aquellos mares. A pesar de estar preparados para el

transporte, cada uno montaba varias piezas de artillería. Eran tiempos duros para el comercio. Salvaron con buena ventura los difíciles pasajes entre las islas de aquella zona del Báltico, rodearon la península de Jutlandia por los estrechos de Kattegat y Skagerrak y después navegaron hacia el sur, hasta las islas Frisonas, ya en el mar del Norte, donde se hacía necesario extremar la vigilancia para evitar un mal encuentro. Los *gueux*, corsarios de las Provincias Unidas, se movían por aquellas aguas con la patriótica intención de estorbar el comercio a los españoles y sus aliados, y la menos noble de engrosar el bolsillo a costa de cualquier navío desprevenido. Ni a daneses ni a holandeses les hacía gracia la competencia de la Liga Hanseática.

A la altura de la isla de Ameland avistaron, entre ellos y la costa, dos corsarios bien armados que los siguieron a cierta distancia durante buena parte del día. Por la tarde hicieron un rápido acercamiento sobre la Diana, que navegaba más al sur. Con la misma rapidez, los filibotes de la señora Falk se alinearon con ella y lograron disuadirlos de atacar, pero no se retiraron.

—Señor Vermeulen, ¿creéis que podríamos darles un susto? —preguntó Gabriel a su piloto.

—No es buena idea perseguirlos, si es lo que estáis pensando, capitán. Esos barcos son más rápidos que la nao.

—Pero tenemos el barlovento a nuestro favor.

—Aun así, en cualquier momento podrían virar y atacarnos por ambas bandas.

Gabriel calló. Estaba apoyado en la borda de babor, con los ojos fijos en las siluetas de los corsarios. Le parecían unos buques admirables, algo más pequeños que los de Eva Falk, pero con castillos más bajos, mástiles más altos y mejor artillados. ¡Ah!, si él pudiera contar con un navío así, otro gallo le cantaría.

Al atardecer habían sobrepasado Texel, la más occidental de las islas Frisonas, pero los *gueux* continuaban a la vista. La señora Falk hizo botar un esquife y se aproximó a la Diana para explicarles la estrategia que debían seguir durante la noche. Venía acompañada del capitán del otro barco, un hombre desabrido llamado Dewulf.

—Antes de que salga la luna cambiaremos la derrota al oeste franco, para alejarnos de tierra, y a medianoche caeremos al sur sudoeste —les indicó con mucha seguridad la mujer—. Navegaremos sin ninguna luz, por lo que habrá que ser muy cuidadosos.

—La mar está un poco revuelta —apuntó Gabriel, rascándose la descubierta cabeza.

—Por eso mismo —dijo Dewulf con un despecho que no venía a cuento. Gabriel y Laiseca intercambiaron una mirada.

La visita fue breve, y al poco tiempo el batel surcaba las grises aguas hasta alcanzar el costado de la Piedad de Wismar, la nave de Falk, y luego se dirigió al filibote de Dewulf.

Para no extraviarse ni chocar, Gabriel situó a un hombre en el bauprés y un vigía en cada cofa, y se turnó con el maestre y el piloto para hacer guardias, pero la navegación resultó tranquila, y, al amanecer, no había rastro de los corsarios. Variaron nuevamente el rumbo y navegaron hacia el sur. La mayoría de los barcos que se movían por aquellas aguas eran pequeños y de poco calado, adaptados a las costas de Flandes, poco profundas y llenas de canales. Además, sus armadores preferían hacer fletes más reducidos, y numerosos, que tener que esperar días o semanas en un puerto para completar una carga.

El sol caía hacia poniente cuando avistaron el estuario del Escalda, que era amplio, de corriente lenta y pródigo en bancos de arena. A varias leguas hacia el interior se hallaba Amberes, la meca del comercio, la ciudad más próspera y con mayor empuje mercantil en el norte de Europa.

—Muchos barcos hay aquí —comentó Vermeulen, el piloto, cuando hubieron lanzado las anclas y una vez que la nao quedó asegurada. Aunque el piloto se conocía bien el río, preferían aguardar a la primera marea de la mañana para seguir hasta la ciudad.

—Y algunos son de guerra —añadió Pascual Laiseca, señalando hacia el este—. Quizá sea mejor largarnos mientras podamos.

La escala en Amberes tenía como propósito completar la carga con unos tapices flamencos y contactar con Enrique Mújica, un corredor de seguros burgalés que se encargaba de cubrir los riesgos de la ruta flamenca. El señor Mújica deseaba renegociar la póliza, dado que con el corso inglés habían aumentado todavía más los peligros de la navegación por el mar del Norte.

Sin embargo, Gabriel no pudo llevar a cabo sus planes. Poco después de haber fondeado, la señora Falk los informó del motivo de tanta aglomeración de navíos en el estuario.

—Las fuerzas del general Farnesio han puesto cerco a Amberes y cerrado la navegación por el río con una especie de puente sobre bar-

cas, para evitar que los sitiados reciban pertrechos y alimentos —dijo la mujer—. Los rebeldes han abierto los diques y anegado muchas tierras, donde sus barcos merodean como avispas. Los combates son muy reñidos y la navegación por el Escalda, casi imposible.

Aunque el contacto de Gabriel con Flandes se limitaba a los puertos en los que tocaban, sabía que Alejandro de Farnesio, gobernador de Flandes, desplegaba desde el sur una ofensiva que había recuperado para el rey Católico numerosos territorios y ciudades.

—¿Qué pensáis hacer vos, señora? —le preguntó a Eva Falk cuando terminó de comunicarles las nuevas.

—No voy a arriesgar mis barcos subiendo por ese río, señor Dupont. En Dunquerque puedo encontrar lo que venía a buscar aquí.

Gabriel valoró unos momentos la situación con sus hombres, y resolvieron continuar con ella. La mujer pareció alegrarse de la decisión y le prometió enviarle, más tarde, una bandera de la Liga Hanseática.

—Así estaréis más seguros. La situación de la guerra es muy cambiante, y nunca se sabe en manos de quiénes estará cada plaza. En realidad, debería haberseme ocurrido antes la idea, pues una flotilla resulta menos sospechosa cuando todos sus barcos navegan bajo el mismo pabellón.

3

DUNQUERQUE

Dunquerque era uno de los puertos más peligrosos y mejor resguardados del mar del Norte. La estrecha embocadura se hallaba detrás de un largo islote de arena cubierto de dunas. Más allá, hacia el lado del mar, había una serie de bancos de arena fósil, bastante someros y más o menos paralelos a la costa, que podían despanzurrar fácilmente un navío de mediano calado. Era preciso conocer bien aquellos fondos, o contar con buenos pilotos, para que el arribo a Dunquerque no se convirtiera en una tragedia.

La ciudad había sido reconquistada el año anterior por las tropas de Farnesio, que necesitaba con urgencia puertos en el mar del Norte desde los que abastecerse y mantener las comunicaciones con España.

Una vez traspasada la bocana, el puerto interior constaba de varias ensenadas pequeñas donde fondeaban todo tipo de barcos. La Diana y los dos filibotes largaron anclas en una de ellas.

Aquella era la última escala antes de regresar a España, y Gabriel dio un día de asueto a su tripulación. Por la tarde, después de haber hecho aguada y haber cargado vituallas, bajó a tierra en compañía de Mahagüini.

—Espéranos aquí —le ordenó al remero—, aunque se venga la noche.

Los dos hombres cruzaron la playa y siguieron un tramo de la muralla que rodeaba a la ciudad en todo su perímetro. A la derecha del pequeño muelle comercial había un castillo con un amplio patio de armas, guarnecido por una compañía de los tercios. A uno y otro lado de la villa se extendían amplios arenales con dunas y muchos molinos de viento. Delante de la muralla se había formado una calle provisional de puestos ambulantes, casetas de madera y lona o simples chamizos en donde se vendía y se compraba, se cerraban tratos y enrolaban marineros, y donde muchas tripulaciones holgazaneaban o se entretenían con la bebida, el juego y otros pecados menos veniales. El interior de la villa no era mucho mejor, y abundaban en él las tabernas, posadas y lupanares. Aunque también había hermosas construcciones, como la iglesia mayor, con su alta torre gótica, el elevado pináculo del ayuntamiento y algunas casas suntuosas de comerciantes acomodados o de miembros de la nobleza.

Los dos hombres penetraron por la bien custodiada puerta del mar y callejearon hasta encontrarse con un pequeño canal que alimentaba el foso. Dunquerque era una ciudad cosmopolita, poblada por gentes de lugares muy distintos que hablaban lenguas diferentes. Había flamencos, valones, alemanes, franceses, españoles, italianos, ingleses y otros pueblos del norte. Siguieron el canal durante un par de manzanas, dejando a su derecha el camposanto, hasta que desembocaron en un callejón estrecho e irregular. Unas casas eran de piedra, otras de tierra y argamasa y otras simples chabolas. Cerrando el callejón, y apoyada contra la muralla sur, se alzaba un edificio de tres plantas, con grandes vigas oscuras a la vista, pocas ventanas y un tejado muy inclinado de losas grises dispuestas como escamas.

La puerta estaba entornada, y Gabriel la empujó y entró seguido de su amigo en el oscuro vestíbulo de la posada de Las Tres Grullas.

A la izquierda, una escalera de madera comunicaba con las otras plantas. Al otro lado había una mesa baja y pequeña en la que una mujer probaba, agachada sobre ella, el tamaño del mantel que estaba cosiendo. Alzó la vista y les preguntó de forma mecánica qué deseaban.

—Buscamos al señor Boucher —dijo Gabriel con la voz más agradable que pudo poner—. Se alojaba aquí, al menos hace unos meses. —Se alojaba, señor.

Los hombres esperaron en silencio a que la mujer agregase algo más. Tenía las carnes secas y amarilla la piel del rostro y de las manos, vestía ropajes oscuros y se arropaba los hombros con una toquilla de punto. Hacía fresco allí dentro.

—¿Sabéis por ventura dónde podemos localizarlo? —La voz de Gabriel sonó menos amable.

—No tengo la menor idea de dónde vive ese bribón. Y tampoco me interesa saberlo. —Al decir esto se enderezó, cruzó los brazos y los miró de frente. Tenía unos ojos oscuros y suspicaces.

Gabriel asintió y se dio la vuelta. Algo malo le habría hecho Boucher. Cuando se disponía a abrir la puerta, la mujer volvió a hablar.

—Os recomiendo que lo busquéis en la taberna de El Gran Caimán. Tengo entendido que allí malgasta su tiempo y sus caudales.

La taberna mencionada se hallaba en un lateral de la explanada de justicia, donde el cadáver reciente de un condenado pendía de una guindola de madera con forma de ene minúscula. En la fachada, colgando de un barrote horizontal, campeaba una tabla ajada por la intemperie con el tosco dibujo de un caimán con las fauces abiertas.

A aquellas horas había sólo dos parroquianos acodados en un rincón de la taberna, y a Gabriel y Mahagüini no les costó distinguir, detrás de la barra, la figura del antiguo pirata. Llevaba un parche verde en el ojo izquierdo y se entretenía en matar las moscas con un trapo sucio y húmedo.

Ante la indiferencia del tabernero, Gabriel se acercó al extremo opuesto de la barra y dio un buen golpe sobre el grueso tablón.

—Por vida que me las vais a pagar —exclamó el hombre con mucha fiereza, pero al verlos cambió de expresión y corrió junto a ellos—. ¡Ah! Capitán l'Avide, señor Mahagüini, dichosos los ojos que os ven.

Pasó al otro lado de la barra, dio un manotazo en la espalda de Mahagüini y abrazó a Gabriel contra su enorme corpachón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un año? ¿Dos?

—No, Boucher, hace sólo nueve meses que nos vimos.

—Pues a mí me han parecido muchos más. —Sin más trámites, el hombretón cogió tres jarrillas de barro y las rellenoó del contenido de una botija que tenía apartada entre dos cubas de madera—. Para

mi capitán, la mejor cerveza—. Luego alzó su jarrilla en silencio y le dio un trago generoso.

Gabriel lo imitó, pero la bebida le supo muy amarga y casi tuvo que escupirla. Se preguntó cómo sería la cerveza más infame.

—Te has acomodado, ¿eh, Boucher?

—Eso jamás, capitán. Pero esta guerra todo lo revuelve. Hace un año Dunquerque estaba en manos de los rebeldes, ahora está en las de los españoles, y mañana pueden ser los ingleses. Creí más conveniente tomarme un respiro. De modo que invertí en esta taberna lo que quedaba de mi fortuna. Además, a mi querida Hilde no le gusta que me aparte de su lado.

—¿Hilde? ¿Así se llama tu esposa?

—No estamos casados, pero no hables tan fuerte, que tiene el oído muy fino —le advirtió Boucher al tiempo que señalaba con el pulgar una puerta que había a sus espaldas.

—No parece que el negocio sea muy boyante —dijo Gabriel con algo de guasa mientras miraba a su alrededor.

—No creas. En este nido de piratas, cada vez que una tripulación hace una presa, yo hago mi agosto. Son muchas las tabernas que tiene la villa, pero hay dinero para todas. Además —añadió, acercando el rostro a ellos y bajando la voz—, corre el rumor de que Farnesio está dispuesto a conceder cartas de marca a todos los que hagan curso contra los enemigos de la Corona. Imaginaos lo que eso supondrá para Dunquerque.

La noticia sorprendió tanto a Gabriel que por unos momentos no supo qué decir. Boucher aprovechó para descargar el trapo sobre un grupo de desprevenidas moscas que libaban de una mancha grasienta de la barra.

—Me cuesta creer que el rey Católico, que lleva décadas combatiendo el corso, se haya decidido a armarlos por su cuenta —dijo por fin Gabriel.

—¿No lo hacen sus enemigos? —terció Mahagüini.

—¿De qué te sorprendes? —apuntó Gastón Boucher con vehemencia—. La situación cada vez se vuelve más comprometida. Los piratas holandeses y zelandeses están perjudicando el comercio marítimo por estas aguas. Y ahora también los ingleses. ¿Por qué no pagarles con la misma moneda? Y no hay un puerto mejor que este, ubicado en lo más estrecho del canal de La Mancha y bien resguardado. El daño que nuestros corsarios podrían infligirles es enorme.

—¿«Nuestros»? Tú eres francés, Boucher —dijo Mahagüini.

—Y ya no navegas —dijo Gabriel.

—Para el capitán l’Avide lo haría. Voto a Barrabás que sí —juró Boucher, y enseñó una línea irregular de dientes y mellas y una sonrisa feroz.

Gabriel le aguantó la mirada un instante. Luego movió la cabeza y miró al fondo de la taberna, a una pared de tablas mal ensambladas con una puerta tapada por una cortina más sucia que el trapo que enarbolaba su antiguo contramaestre. El suelo era de baldosas, el techo alto y en un lateral había un hogar de piedra ennegrecido y apagado.

—Sabes que ahora soy un honrado comerciante, Gastón. Tengo mi propio barco y una esposa que cuidar. Los tiempos del capitán l’Avide y de la piratería quedaron atrás.

Boucher perdió el entusiasmo que por un momento lo había poseído. También el flemático Mahagüini pareció decepcionado.

—¿Y qué has averiguado de mi encargo? —dijo Gabriel, cambiando de tercio—. No creerás que he entrado en este agujero sólo para ver cómo va tu negocio...

Boucher, que hasta entonces había mantenido un tono de chanza, puso cara de circunstancias, alzó las cejas y volvió los ojos hacia arriba.

—Ninguna noticia, capitán. Ni del felón de Trenton ni mucho menos de tu hermana. Y puedes estar seguro de que he preguntado a cualquier marino, pirata, negociante y borracho que ha pasado por aquí. He aguzado el oído cuanto he podido y me he metido en conversaciones que ni me iban ni me venían, en especial cuando había ingleses de por medio. Pero no he logrado enterarme de nada. Y créeme que lo siento. Sé lo importante que es para ti encontrar a tu hermana.

Gabriel dejó escapar un leve suspiro. Daba por hecho que su antiguo cofrade no habría averiguado nada nuevo, e iba preparado para ello, pero en el corazón de los hombres siempre hay un rescoldo de esperanza imposible de apagar.

Gabriel había pasado años tras el rastro, cada vez más tenue, de su hermana Isabel, que había sido capturada frente a la Florida por un corsario inglés llamado Sackfield. También él había caído en manos de otro corsario, o pirata, que las diferencias no siempre estaban claras, un francés llamado Ricard con el que había navegado durante un tiempo. Después de una larga y accidentada búsqueda dio con Sackfield en las Azores. El corsario le confesó que su primer oficial, un tal

John Trenton, se había encaprichado de Isabel y había desembarcado con ella en Belle-Île-En-Mer con idea de pasar a Inglaterra. Desde entonces, Gabriel había visitado no sólo Belle-Île-En-Mer, sino todos los puertos franceses de Bretaña y del canal de la Mancha. Y algunos ingleses, en los que se había dedicado durante semanas a mezclarse con tripulaciones de navíos, pataches y pesqueros, y a visitar cuanta cantina, posada y burdel encontró, indagando en vano por un oficial llamado Trenton.

Pero el tiempo pasaba sin que hubiera podido hallar una sola pista sobre ellos, por mínima que fuera, y ya desesperaba de poder hacerlo. La imagen de su hermana, tan vívida al principio, se iba desvaneciendo. A veces se preguntaba si sería capaz de reconocerla si la viera. O si seguiría viva. Mas no abandonaba la búsqueda, pese a los reveses, y no dejaba de acercarse a cualquier marinero inglés que se cruzara en su camino, ni de visitar, cada vez que recalaba en Dunquerque, a su antiguo compañero, que le había prometido mantener los oídos aguzados.

Tras varios azumbres de vino que los llevaron a recordar las correrías y aventuras pasadas, Gabriel y Mahagüini abandonaron El Gran Caimán. Las sombras se adueñaban de las calles de Dunquerque.

En el muelle se toparon con la señora Falk, que acababa de bajarse del batel. La acompañaban Dewulf, que iba elegantemente vestido, y un fornido marinero con el cabello rapado.

—Señor Dupont, ¿volvéis ya a vuestra nao?

—Tengo entendido que Dunquerque es un lugar peligroso por la noche —dijo Gabriel, que trató de hacer una graciosa reverencia.

—Os veo un poco achispado —rio ella, apartándose ligeramente de sus acompañantes y dándole pie a Gabriel para que hiciera lo propio.

—Ha sido la alegría de encontrarme con un viejo amigo.

—Debéis de apreciarlo mucho, entonces —replicó la señora Falk. Su boca se frunció con travesura y sus ojos se achinaron.

—Aprecio más su vino. ¿Y vos? No son horas para que una dama se pasee por el puerto. —La palabra «dama» la dijo con una entonación distinta, pero la mujer no supo si era considerada o burlona.

—No soy ninguna dama, y, como veis, voy en buena compañía. En cualquier caso, si desembarco es porque pienso pernoctar en la villa.

—Puedo recomendaros un lugar a vuestra altura.

Otra vez dudó la mujer del sentido de aquellas palabras, aunque no se sintió ofendida.

—Dunquerque es una de mis escalas habituales, y la conozco bien. Hasta podría servirlos de guía.

—Por mi alma de pecador que sois una mujer sorprendente.

Eva Falk se lo tomó, esta vez sí, como un piropo.

—¿No vais a reconsiderar quedaros esta noche en tierra? —preguntó con una sonrisa llena de promesas

—Una invitación tentadora, Eva, que ningún hombre en su sano juicio rechazaría.

—Pero vos sí.

—Si la aceptase, podría sentir la tentación de traicionar a alguien que me espera en otro puerto.

—Vos lo habéis dicho: en otro puerto.

Gabriel dejó escapar una risa forzada, sacudió la cabeza y se encaminó al batel, donde Mahagüini y el remero lo estaban aguardando.

II

1

SAINT JAMES, HAMPSHIRE

El suelo se mueve bajo ella con un balanceo irregular. Es una sensación que le resulta desagradable, que le causa incluso temor. Para olvidarla intenta concentrarse en el oscuro bordado, moviendo la aguja y pasando los hilos, pero el bastidor se mueve también y le cuesta enfocar la vista en el paño. El dibujo está tan enmarañado que es difícil distinguir de qué se trata. Puede ser cualquier cosa, un paisaje, una escena de caza, unos árboles o el mar. Pensar en el mar la hace sudar, la frente se le llena de gotas y la aguja se resbala entre sus dedos, un mar tenebroso que parece moverse sobre la tela con vida propia, un mar que resuena en sus oídos, olas furiosas, y el viento, un viento fortísimo que aumenta el balanceo y hace casi imposible dar una nueva puntada. La aguja surge de repente entre la maraña de hilos, como emerge un corcho hundido en un barril de agua, y se pincha en el dedo y se forma una gota roja, gruesa, que tiembla y se derrama sobre la piel en un reguero cada vez más abundante. Cae sobre el bordado, se mezclan los colores, se remueven, y surge entre las olas oscuras una boca, también oscura, las líneas duras de una cara, una barba desastrada y unos ojos como pozos que miran a los suyos con fijeza obsesiva. La cara sonrío con maldad infinita, se escapa del paño y tras la cara viene un hombre que se abalanza sobre ella, rasga sus vestiduras, recorre su cuerpo con manos heladas, le hace mucho daño, le aprieta el cuello con zarpas que son tenazas, y ella quiere respirar, pero no puede, abre la boca, pero no hay aire, boquea como un pececillo fuera del agua, se asfixia, se asfixia.

De pronto todo se esfumó. Su pecho se hinchó y aspiró el aire que la rodeaba y, resollando con ansiedad, abrió los ojos.

La habitación estaba a oscuras. Isabel miró instintivamente hacia su izquierda, al lugar donde se hallaba la ventana, y no percibió ni un resquicio de luz entre las rendijas de los postigos. Estaba empapada por el sudor y tenía el cuerpo frío. La oscuridad era tan completa que por un instante dudó de dónde estaba y la invadió un pánico intenso y repen-

tino. Pero del otro lado del lecho le llegó la respiración acompasada del hombre y su pánico se alejó con la misma rapidez con que había aparecido. Se enderezó en la cama, cruzó los brazos y se relajó. No quería despertar a su compañero, pero este tenía el sueño muy ligero y se giró y le preguntó si estaba despierta.

Isabel le acarició el pelo sin responder.

—¿Has tenido otra pesadilla? —volvió a preguntar con voz amorrosa.

—Ajá —murmuró ella. Una pesadilla recurrente que llevaba mucho tiempo aterrorizando sus noches—. Anda, duérmete, que mañana va a ser un día fatigoso. —Al decir aquello, Isabel recordó la preocupación con la que se había ido a la cama.

Su marido se dio la vuelta e intentó dormirse, pero Isabel lo sintió removerse inquieto y a los pocos momentos colocó el almohadón en la cabecera del lecho y se sentó.

—Ven aquí —dijo, y alargó su brazo a tientas, lo pasó por sus hombros y la atrajo hacia sí. La cabeza de Isabel quedaba justo bajo su nariz y ella sabía que estaba olisqueando sus cabellos. Le gustaba hacer aquello. Muchas veces se lo había dicho: que le encantaba aspirar el aroma que desprendían. Estuvo acariciando el hombro derecho de Isabel con descuido, pero luego la apretó más contra su pecho y quiso tomarla. Isabel lo dejó hacer. Le resultaba agradable sentir sus besos en el rostro y en el cuello y sus manos recorriéndole la piel. Eran unas manos grandes pero sensibles, que se movían con ternura y destreza. Ya habían hecho el amor aquella noche, pero era la última que pasarían juntos en mucho tiempo. Le subió con delicadeza el camisón y lo sintió sobre ella. Abrió más las piernas para recibirlo y él la penetró con lentitud mientras la besaba en los labios y le acariciaba los senos. Prosiguió moviéndose de la misma manera, procurando no hacerle daño, hasta que el vaivén de sus caderas se aceleró, y se aceleró más, y terminó en un sacudimiento, en un gemido sofocado. A veces ella gozaba haciendo el amor con él, pero no en aquella ocasión, con la pesadilla tan reciente. Sólo sintió cierta voluptuosidad con sus caricias y el calorcillo agradable de su piel. Estaba segura de que él lo percibía, pero nunca le había dicho nada. La respetaba a su manera, aunque no siempre hubiera sido así.

Isabel no fue capaz de volver a dormirse. Sonaron las campanas dos veces y una tenue claridad se filtró por los postigos y bajo la puerta. La habitación olía a humo viejo y a madera. Hacía casi dos años que habían llegado a Hampshire, a la casa de los señores Gardiner, y durante todo

ese tiempo apenas se habían separado. Su marido había ayudado a su padrastro en el gobierno de las empresas familiares, variadas, prósperas y no siempre lícitas, explotación de los bosques, cobro de alquileres a los arrendatarios de la cercana aldea, contrabando y flete de navíos que ejercían la piratería a pequeña escala. Pero su verdadera pasión era el mar, pasión contenida por un tiempo, y no pudo, ni quiso, rechazar la invitación de un viejo conocido para acompañarlo en una sugestiva aventura marinera en la que su propio padrastro participaba como armador particular.

—Es una empresa importante, Lizzie —le había dicho él ante las reiteradas pegas que Isabel le ponía.

—Es sólo un viaje de exploración.

—No, querida. El viaje de exploración ya tuvo lugar. —Su esposo era un hombre por lo general directo, poco dado a la verborrea, que hablaba sólo cuando lo consideraba preciso—. El capitán Amadas ya recorrió el año pasado las costas del norte de la Florida. Ahora se trata de fundar una colonia y reclamar aquel territorio para Inglaterra. Detrás están hombres principales que no arriesgan sus dineros en balde. Puede haber honor y riquezas.

—Ya tienes bastante dinero. ¿Para qué quieres más?

—¿Y tú me lo preguntas? —Su esposo intentaba mostrarse amable, pero la paciencia se le agotaba deprisa—. ¿No me has insistido acaso en que tengamos una casa propia, una vida aparte de mi familia? Pues este es el camino. —Se le hinchó la vena que le cruzaba la sien izquierda y frunció el ceño, y eso no era buena señal. Prefirió callarse y dejarlo estar. De todos modos, estaba decidido a partir.

Isabel apartó las mantas y se levantó. Realizó sus abluciones en la penumbra, después abrió los postigos y dejó que la luz inundara la estancia, la cama de roble, el cabecero de listones torneados en forma de doble huso, dos alfombras ajadas, una a cada lado del lecho, un pequeño tocador, un aguamanil y dos taquillones iguales de sencilla factura. Una de las paredes estaba adornada con un hermoso tapiz con un motivo oriental.

—Arriba, remolón, que ya es tarde —le dijo a su marido.

2

SAINT JAMES

Cuando John Trenton salió al jardín, los demás estaban terminando su desayuno. Había sobre la mesa varios platos con comida, una pata

de jamón cocido más que mediada, una bandeja con huevos revueltos, leche, vino, una hogaza de pan y bizcocho dulce. La mañana era luminosa y la temperatura agradable para estar al aire libre. En el cielo se veían algunas nubecillas que apenas ocultaban su azul intenso. El sol había asomado por encima del tejado e iluminaba ya la mesa. Alrededor de ella se sentaban sir Humpfrey Gardiner, su esposa, su hija e Isabel. Una criada hizo ademán de servir al recién llegado, pero fue Isabel quien se levantó para escanciarle una copa de vino dulce y cortarle unas lonchas de jamón, de las que Trenton dio cuenta de pie. Era un hombre alto, con una abundante cabellera rubia hasta los hombros, la nariz tan recta y bien definida que parecía una pirámide, la expresión seria y los ojos brillantes. Estaba pulcramente afeitado y la piel del rostro y de las manos aparecía tostada por la intemperie.

—¿Ya estás listo, muchacho? —le preguntó su padrastro con llaneza. La señora Gardiner, antes Trenton, había enviudado joven y había vuelto a casarse con un primo de su difunto marido, sir Humpfrey, que había acogido y educado a sus dos hijos, aún pequeños, como si hubieran sido propios. Ninguna diferencia hacía entre ellos y Mary, la única superviviente de los tres retoños que habían engendrado juntos.

—El baúl con mis cosas está listo desde ayer, padre —respondió Trenton mientras hacía presa de otra loncha de jamón—. Lo cargaré en la mula y después partiré hacia Portsmouth. Allí me espera una pinaza que me llevará a Plymouth.

Isabel terminó de beber su tazón de leche, lo dejó sobre el mármol de la mesa, se acercó a su marido y le rodeó la cintura. La señora Gardiner torció el gesto y quiso compartir su contrariedad con su hija a través de la mirada.

La casa de los Gardiner era una antigua abadía que el padre de sir Humpfrey había adquirido en tiempos del rey Enrique VIII, cuando se embargaron y vendieron numerosas propiedades de la Iglesia de Roma. De aquello hacía casi medio siglo, y, primero el padre y después el hijo, le habían hecho al edificio una serie de reformas para adaptarlo a las necesidades familiares y hacerlo más confortable. El viejo Gardiner, cuya tumba acompañaba en el cementerio a las de muchos frailes anónimos, había tenido buena vista y había adquirido, junto a la abadía, muchas de las tierras pertenecientes a la congregación, algunas dedicadas al cultivo, pero la mayoría bosques tupidos de robles, hayas, fresnos y olmos. Un filón de madera cuyo precio no paraba de subir a causa de la construcción naval.

—No me gustan los sermones, muchacho —sir Humpfrey tenía la costumbre de llamar así a su hijastro, pese a sobrepasar este ya la treintena—, pero quiero que entiendas que este viaje es una oportunidad que no debes desaprovechar. Los años de correrías con ese capitán Sackfield y tu desembarco tan poco ortodoxo te han cerrado algunas puertas, por eso es tan importante que no falles en esta empresa.

El constante ascenso social de sir Humpfrey Gardiner y su desahogada posición económica le habían permitido establecer vínculos con destacados miembros del firmamento isabelino. Walter Raleigh, el actual favorito de la reina, había convencido a un buen número de caballeros acomodados y terratenientes del sur para participar como inversores particulares en la fundación de la primera colonia inglesa en las Indias Occidentales. Una empresa que formaba parte de la estrategia de expansión ultramarina del reino y que contaba con el beneplácito real.

—Nada debéis temer, padre —respondió con tal seriedad Trenton que no parecía que estuviera siendo cuestionado—, más allá de los imponderables de una travesía por mares remotos y tierras desconocidas —añadió con una sonrisa casi imperceptible.

—Dejad la cháchara, que el tiempo apremia —dijo su madre, que se levantó de la mesa con brusquedad, atravesó el patio y entró en la casa.

La salida de la señora Gardiner hizo languidecer la reunión. Mary y su padre no tardaron en levantarse. Isabel se quedó junto a Trenton mientras terminaba con su pitanza. En apenas una hora habría partido hacia su destino, pero no hallaba un tema de conversación que no tuviera nada que ver con sus cuitas y aprensiones.

Aquella iba a ser una separación larga, y tenía sentimientos encontrados. Si bien le causaba cierto temor verse sola con su familia política, por otro lado se alegraba de poder distanciarse de su marido y analizar sus propios sentimientos.

John se había casado con ella y le había dado un hogar, pero antes habían ocurrido tantas cosas terribles que era mejor no pensar en ellas, borrarlas de su recuerdo, aunque no de sus pesadillas. Su esposo la había rescatado de una vida horrorosa, había sido un ancla para no perder la cordura, un parapeto entre la seguridad y el más terrible de los abismos. Si seguía viva, se lo debía a él. Y también le debía la caballerosidad de consagrar su unión y evitarle la humillación de presentarla ante los suyos como una vulgar concubina. Y lo quería por

ello, por su amor y constancia, aunque en ocasiones John la trataba como a un pajarillo caído, recogido en medio de la tormenta. Pero ¿y ella? ¿Cuál era la naturaleza su amor?

—Anda, cambia esa cara, Lizzie, que estaré de vuelta antes de que puedas darte cuenta —dijo Trenton, sacándola de sus pensamientos. Se había sentado y se limpiaba los labios con una servilleta—. Si las cosas salen bien, en pocos años puedo amasar una buena fortuna y tener un hogar propio, donde criar a nuestros hijos.

Trenton tiró de ella, la sentó sobre sus piernas y le acarició la mejilla y el pelo. La criada se había acercado para retirar los restos del desayuno.

—Dios te oiga.

—Dios no tiene nada que ver con esto.

—Eres peor que un hereje —le respondió ella cuando la criada hubo desaparecido, pero su marido pareció no haberla oído.

—Atiende, porque ya no tendremos otro instante a solas —le dijo, con el rostro súbitamente grave—. Es necesario que tomes algunos cuidados en mi ausencia. Los problemas con España hacen que la gente vea con suspicacia a cualquier extranjero, sea de donde sea. Las autoridades asedian a señores y pecheros con nuevos impuestos, muchos lo pasan mal y pagan su descontento con el más débil. —Trenton la miraba con ojos cariñosos, pero hablaba con una seriedad no exenta de preocupación—. Por fortuna, tú tienes el pelo castaño y el cutis muy claro y podrías pasar por inglesa. —El hombre le acarició el cabello y aspiró nuevamente su aroma antes de proseguir—: Hablas bien nuestro idioma, pero debes continuar mejorando tu dicción. Ah, y ten cuidado con las cosas de la religión. En este condado hay muchos papistas, pero mi familia es incondicional de la reforma anglicana. Creen que por mí estás volviendo tu corazón hacia la verdadera fe, y debes dejar que sigan pensándolo. No se te ocurra asistir a ninguna misa católica. Las autoridades están endureciendo las leyes contra vuestros sacerdotes y sus cultos, y la denuncia de un simple criado podría ponerte en peligro. Nadie es de confianza en estos momentos. Y, por favor, deshazte de esa biblia en latín.

—Pero me la regalaste tú, John, y es mi único consuelo espiritual —protestó ella—. ¿Cómo voy a tirarla?

—Pues escóndela en el fondo de un baúl y no la saques de allí. —Le levantó la barbilla y la miró a los ojos hasta que ella por fin asintió.

3

RÍO ESCALDA, FLANDES

Las aguas del Escalda estaban frías aquel atardecer, y una neblina ras-trera había comenzado a emanar de ellas. El día, despejado y claro, había dado un poco de tregua a las ateridas tropas, pero en cuanto el sol se puso arrastró consigo su efímera tibieza. En el puesto de guardia los soldados estaban más alerta que nunca. Una media milla aguas arriba, el río marcaba una curva pronunciada que les impedía ver la ciudad de Amberes, sitiada desde hacía varios meses por las tropas de Alejandro de Farnesio.

—Ya empieza el baile —dijo Sancho Crespo, uno de los soldados, al tiempo que señalaba hacia un tenue resplandor rojizo que se destacaba en la oscuridad.

—Natural, hoy la marea baja antes —respondió su compañero Parrita. Después se frotó las manos y sopló en ellas para calentarlas. Aquellos soldados formaban parte de la dotación de una de las lanchas destacadas para proteger el puente que cortaba el cauce del Escalda.

El resto de la escuadra permanecía atento a la curva, por donde vieron aparecer, al poco, cuatro navíos con las cubiertas incendiadas. Los rebeldes flamencos llevaban varios meses intentando destruir con aquellos y otros artificios el puente de Farnesio, abrir el río a la navegación y conectar con las tropas holandesas que ocupaban su desembocadura. Hasta entonces sólo en una ocasión habían conseguido hacer saltar por los aires una sección del puente, pero, pese a las bajas causadas, los hombres del duque lograron detener el asalto de la flota rebelde y recomponer el puente.

—Voto a Satanás que hacen una hermosa vista —juró Pechoabierto, un hombre alto y ancho con la nariz doblada y algunos dientes podridos.

—Qué razón tienes, Román —concedió Alonso de Alconchel, un soldado con expresión dura y feroz mostacho. Y en verdad que daba gusto observar cómo las llamas destacaban sobre el pálido cielo crepuscular y llenaban de reflejos rojizos la bruñida superficie del río.

—Dejaos de admirar el paisaje y aprestad los remos, mis señores, que tenemos faena por delante —dijo el cabo Duarte Salazar. A su

voz cesaron las bromas. Mientras unos soldados se sentaban en los bancos, otros aprestaban las largas pértigas que empleaban para desviar los brulotes.

El general Farnesio había dispuesto que una agrupación de lanchones estuviera permanentemente preparada aguas arriba del puente para interceptar y neutralizar los brulotes antes de que lo alcanzaran.

—Ahora, soldados. ¡Bogad, bogad sin temor! —gritó Duarte, a popa de la embarcación.

La embarcación se separó de la orilla y cogió velocidad. Más abajo, otros tres lanchones siguieron su estela. Los hombres se afanaban en los remos. Algunos eran veteranos de la jornada de las Azores y sabían bien cómo tripularlas. El cabo Salazar manejó el timón con habilidad y se dirigió hacia el brulote más cercano, pero apenas habían avanzado unas cuantas brazas cuando otro brulote estalló con un ruido atronador. Las aguas parecieron de repente de color amarillo. Los hombres detuvieron la boga y contemplaron en silencio la humareda levantada y las astillas y pavesas ardientes que caían al agua. Por fortuna, ninguno de los lanchones había llegado a su altura y no hubo que lamentar pérdidas.

—Qué mala leche tenía esa puta mina —comentó Pechoabierto.

—Vaya si la tenía —apuntó otro soldado.

—Hale, al remo, mis señores, que el trabajo está aún por hacer —dijo el cabo Salazar.

Los hombres, olvidado el pasatiempo, volvieron a la boga. A medida que se aproximaban a su objetivo el resplandor aumentaba y se hacían perceptibles el crepitar de la madera ardiendo y el olor a resina quemada. Cuando por fin se hallaron a la altura de su presa se abarloadaron a ella, aunque manteniendo la distancia para no incendiarse también. Entonces comenzó la parte más delicada de la misión: apoyar las dos pértigas que portaban en el costado del brulote para desviar su rumbo hacia una zona despoblada de la orilla. Sin embargo, aquel estaba tan bien lastrado que resultaba muy difícil hacerlo derivar.

Las llamas iluminaban los rostros barbados y cansinos de los hombres. La neblina fluvial y el frío se habían desvanecido por completo.

—Aprieta fuerte, muchacho, que no quiero que nos reviente encima —le dijo Alonso de Alconchel al joven que lo acompañaba en la pértiga.

—Estos bastardos cada vez nos lo ponen más difícil —dijo Román Pechoabierto, que se esforzaba en la otra pértiga.

—No esperarás que se queden de brazos cruzados mientras apretamos la sogá en torno de ellos —se burló el de Alconchel.

—Yo no veo sogá por parte alguna, sino barro y frío, y agua, mucha agua.

—Esto es la guerra, señor mío.

—A mí me lo vas a decir —respondió en medio de un pujido Pechoabierto—. Pero prefiero las aguas abiertas, limpias y profundas del mar —prosiguió al cabo de un instante— antes que este océano de campos anegados, aguas estancadas, nieblas y cieno asqueroso cuyo pútrido olor se te mete hasta el fondo del gaznate y no hay forma de librarse de él.

—No es preciso añadir más, señor cabo. Lo he entendido a la perfección.

A pesar de las pullas, Alonso de Alconchel y Román Pechoabierto eran buenos amigos, y llevaban muchos años combatiendo en la misma escuadra, ya fuera en los arrabales de Argel, en las playas de Terceira o en los canales de Flandes.

Los demás hombres seguían remando con denuedo para vencer la resistencia de la máquina y variar su rumbo. Pero no había manera, pues el brulote, además del lastre de la bodega, tenía en la proa un cargamento de hierros afilados para aumentar su inercia y cortar, de paso, cualquier sogá o amarra que se encontrara en el cauce. De repente, una de las pértigas se rompió con un chasquido seco y Alonso de Alconchel y el soldado bisoño se fueron de bruces al agua. El lan-chón se desequilibró y estuvo bamboleándose sobre las aguas unos momentos hasta que los hombres lograron estabilizarlo.

—Ea, dejad la otra pértiga y ayudad a subir a los hombres —mandó Duarte. Pero el de Alconchel no hizo caso de la orden y, en unas pocas brazadas, se allegó hasta el brulote por la popa. Por fortuna para el soldado, el viento soplabá río abajo y azuzaba las llamas hacia la proa de la embarcación.

Con rapidez y determinación, el de Alconchel se aferró con la mano izquierda a la hundida regala, desenvainó una daga de la que nunca se separaba y comenzó a cortar el grueso cabo con que los rebeldes habían amarrado el timón. Había perdido su chapeo y el perfil visible de su rostro parecía una media luna amarilla y brillante. Con los dientes apretados, el soldado pugnaba en la tarea.

—Date prisa, Alonso —lo apremió Pechoabierto, que tenía la otra pértiga preparada.

—Hago lo que puedo —respondió resoplando el soldado. Y apenas había dicho tal cuando el cabo se rompió, zumbó en el aire con violencia y lo golpeó en el hombro y le hizo caer al agua.

Con el timón suelto, fue más fácil desviar el pesado artefacto y hacer que enfilase hacia la orilla opuesta.

—Ya es suficiente. Ayudadlo a subir y larguémonos de aquí —ordenó Duarte Salazar, y al poco el lanchón se alejaba del navío incendiado. —Puto loco —añadió cuando su hombre se hubo acomodado en uno de los bancos, empapado y temblando de frío.

El ingenio estalló poco después y un suspiro de alivio se elevó de la lancha. Los dos brulotes restantes fueron desviados de la misma manera por sendos lanchones y encallados en la orilla, lejos de la estacada y del puente.

Ya en tierra, al amor de una hoguera, el de Alconchel pudo secar sus ropas y entrar en calor.

—¿Dónde nos enviarán mañana? —preguntó Pechoabierto.

—Adivínelo Dios —respondió Duarte.

—Para mí que ni él lo sabe —apostilló Alonso de Alconchel, a quien todavía le castañeteaban los dientes.

Aquella noche no hubo más brulotes y los soldados de los lanchones pudieron terminar la guardia sin mayores sobresaltos. En otro sector del cerco, sin embargo, más al oeste, debió de haber jaleo, porque se escuchó, por un rato, ruido de cañonazos y algarabía de combate.

4

FUERTE DE LA CRUZ, FLANDES

Alejandro de Farnesio, duque de Parma y sobrino del rey Felipe, llevaba tres años como gobernador de Flandes y general en jefe de sus tropas. Con una aguda visión diplomática, había sabido leer el tablero político del momento y atraerse al bando realista a las provincias católicas y valonas del sur de Flandes, descontentas con el giro religioso que estaba tomando la rebelión. Gracias al apoyo de estas provincias, al refuerzo de los tercios españoles e italianos que habían tomado parte en la guerra de Portugal y a su talento militar, en poco tiempo logró reconquistar para su rey casi todo el sur de aquel territorio.

Con gran parte de la cuenca del río Escalda en su poder, el duque de Parma emprendió la toma de Amberes, el corazón económico de Flandes.

Para cercarla e impedir que entraran en ella alimentos, mercancías, pertrechos militares o tropas de refresco, Alejandro de Farnesio estableció un imponente despliegue ofensivo y defensivo formado por una serie de fortines que controlaban el laberinto de diques y contradiques que rodeaban la plaza. Pero el eje sobre el que pivotaba todo el dispositivo era el corte del río Escalda por medio de un puente situado en uno de sus meandros, dos leguas aguas abajo de la ciudad. La obra de ingeniería arrancaba, en cada una de las orillas, con una plataforma erigida sobre pilares de más de treinta varas clavados en el lecho del río. Ambas plataformas se conectaban entre sí, en la zona central del cauce, por medio de una línea de barcas puestas en paralelo, amarradas por gruesas cadenas y protegidas por troncos y estacas.

Pero el asedio no estaba siendo sencillo. En absoluto. El heterogéneo ejército realista, formado por tropas valonas, alemanas, italianas y españolas, había pasado varios meses envuelto en una guerra desesperante por terrenos anegados, lodazales, marismas, islotes y canales. Cuando los rebeldes abrían las esclusas de los diques, los soldados realistas se veían expuestos a furiosas avenidas de agua, y cuando intentaban cortar los contradiques, debían salir de los fuertes y defender al descubierto las estrechas franjas de tierra. Pese a ser atacados por dos frentes, desde el norte por la rápida y versátil flota rebelde y desde el sur por los barcos y tropas de la ciudad, los hombres de Farnesio mantenían las líneas y Amberes se hallaba cada vez más aislada y desabastecida.

El fuerte de la Cruz era un bastión formidable, cuadrado y macizo, con una torre cuadrangular de refuerzo en cada esquina. Veinte piezas de artillería erizaban sus almenas, y lo guarnecían varias compañías del tercio del coronel Cristóbal de Mondragón. Estaba situado justo en la confluencia de dos diques y era un punto fundamental en el sistema defensivo realista.

Duarte Salazar había subido a una de sus torres para disfrutar del hermoso crepúsculo. La altura de la atalaya le permitía contemplar un enorme paisaje, desde la oscura línea del mar hasta las cúpulas y tejados de los edificios más altos de Amberes. En la desembocadura del río, a lo largo de su cauce y en las zonas inundadas se arracimaban, en pequeñas formaciones, los navíos de la flota holandesa. Al otro lado,

junto al muelle de Amberes, podía observarse el pequeño bosque que formaban las arboladuras de los barcos allí recogidos. El rojo sol jugaba al escondite con una franja discontinua de nubes bajas y lanzaba, de tanto en cuanto, cálidos guiños que se reflejaban en las aguas empantanadas. Atrás quedaban las inclemencias invernales, y el soldado sonreía al sentir en la piel la agradable brisa que soplaba del interior.

—Muy pensativo te veo, señor sargento.

—Deja de llamarme «sargento» a cada rato, Alonso. Sabes que mi empleo es de cabo.

—Pero tienes grado de sargento —insistió su amigo—. Nadie en este ejército podría cuestionar el nombramiento que te hizo el mismísimo capitán general de las armadas de España.

Duarte sonrió al recordar a don Álvaro de Bazán, a cuyo servicio había estado años atrás, durante la campaña de Portugal. Había llegado a tomarle cariño al viejo militar, a sus secos modales, su valor frío y su aplastante seguridad en la victoria.

—Pero no hay plaza de sargento en esta compañía, y ahora soy cabo de escuadra. Y no soy el único. Pechoabierto tiene el grado de cabo y ahora pelea como un soldado más. Y tiene más años de servicio que yo.

—No es lo mismo. A Román lo degradaron por insubordinación.

—Por insubordinación no, por enmendarle la plana a un caballero entretenido que no entendía una higa de atacar posiciones. Pero es igual, Alonso. Tú y todos debéis tener cuidado, porque si el capitán Verdugo llega a enterarse de que me tratáis de sargento, voy a tener un serio problema.

Alonso sonrió, trazó con la mano un garabato en el aire que le restaba importancia al asunto y cambió de tema.

—Esta noche estamos libres de servicio y pensamos visitar a las lavanderas del real.

El soldado se refería a las busconas del campamento principal, que haciendo de lavanderas pasaban más desapercibidas y se ganaban unos reales extraordinarios.

—¿Aún tienes sueldo para pagarles?

—Conozco a una buena amiga que me fía los servicios.

—Tú y tus amigas... —se burló Duarte.

—¿Vendrás? Sé de otra que pagaría por estar contigo.

Duarte recordó de inmediato a la mujer a la que se refería Alonso, pero rechazó la oferta. Aquella tarde se encontraba nostálgico. Echaba

de menos a una regatera de Lisboa que le había ganado el corazón. Había estado viviendo con ella un año entero, antes de partir para Flandes, y se habían hecho mutuas promesas de reencuentro.

Y también añoraba a su padre, su hogar y su tierra natal. Muchas cosas habían ocurrido desde que abandonara Terceira, en Azores, por un desafortunado lance en el que acuchilló al padre de su prometida. Ah, suspiró, al recordar a Marcia Henriques, su primera novia. El amor que se profesaban, la felicidad e intimidad que compartían se habían apagado lentamente, como las ascuas de un brasero, azotadas por el destino y el tiempo y la distancia. Mas en vano era lamentarse. El padre de Marcia era un importante seguidor de don Antonio de Avis, y él tuvo que huir a la isla de San Miguel, donde sus habitantes habían tomado partido por el rey Felipe. Allí dio comienzo su carrera en el ejército, que jamás creyó que se alargaría tanto. La primera unidad en la que sirvió fue la compañía de infantería embarcada de don Nuno Sousa, un portugués que peleó y cayó con honor en la batalla de Salga, más tarde se alistó en una bandera de infantería embarcada en la flota de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que lo puso a su servicio y lo promovió al empleo de sargento. Con él vivió dos años de campaña naval y anfibia que finalizaron con la toma de Angra, la capital de las Azores. Volvió a Portugal, pasó un año en el tercio de Bobadilla y después fue destinado a Flandes, donde él y sus compañeros fueron reasignados a la compañía del capitán Juan Verdugo para rellenar las bajas que había sufrido. Y allí estaba, pasando frío y calamidades en los campos de Flandes, siguiendo una enseña que había hecho suya, encuadrado en una bandera de españoles, convertido en uno más y rodeado de compañeros que eran como los hermanos que nunca había tenido.

—Si cambias de opinión, salimos a la hora de vísperas.

—Pues os deseo mucha suerte, porque parece que vamos a tener movimiento —dijo Duarte al tiempo que señalaba hacia el río.

—Menudos cenizos estáis hechos los portugueses, señor sargento.

El sol se había ocultado detrás del horizonte y el cielo se vestía de tonos turquesas y anaranjados. El lucero de la tarde les lanzaba un guiño postrero antes de esconderse él también.

III

1

COSTA SUR DE INGLATERRA

Saint James, la heredad de los Gardiner, se hallaba en la cara sur de las Downs de Hampshire, casi a la misma distancia de Fareham que de Portsmouth, adonde se dirigió Trenton montado en un bayo fuerte, de cola y crines negras y bien cuidadas. Lo seguía un mozo que tiraba de una mula cargada con su baúl. En el último momento lo había querido acompañar Isabel con la disculpa de volverse con el caballo, pero él no se lo permitió. No le gustaban las despedidas. Menos aún, las largas.

Parte del camino discurría por zonas boscosas y otra parte por campos de labor, con cerros suaves y valles umbríos. Había algunas cuadrillas de leñadores sacando madera y un abundante tráfico de acémilas y carretas en el camino. Tras una subida empinada, alcanzaron la cima del monte que dominaba Portsmouth.

Al llegar a la ciudad Trenton descargó sus pertenencias en la posada donde solía hospedarse. Como apenas había empezado la tarde, envió al mozo de vuelta a Saint James con las bestias. Libre de su impedimento, John Trenton se encaminó al puerto donde estaba atracada una buena cantidad de embarcaciones, entre grandes, medianas y pequeñas. Portsmouth, por estar situada frente a los puertos franceses de Cherburgo y Le Havre, era una ciudad con gran actividad comercial y militar, que el recrudecimiento de la guerra de Flandes había hecho aumentar. A su habitual suma de corsarios locales había de agregarse otra no menor de calvinistas holandeses, que aprovechaban su excelente ubicación para aguardar el paso de mercantes desguarnecidos. Unos huéspedes incómodos, los holandeses, que no siempre atacaban a quienes debían. Los vecinos de Portsmouth, en especial los comerciantes, no compartían el creciente afecto que les profesaba su reina.

Trenton recorrió las tabernas del muelle en busca del patrón de la pinaza que habría de conducirlo hasta Plymouth. Hasta la cuarta no lo encontró. Estaba sentado en una mesa con un abanico de naipes

en una mano y una jarra de cerveza en la otra, jugando una animada partida.

—Llevo esperándoos desde buena mañana, caballero —fue su saludo. Era un hombre con el pelo y la barba canosos, se tocaba con un gorro de lana caído con gracia sobre una oreja y cubría su camisa con un amplio jubón de color azulado. Lo acompañaba un mozo imberbe, seguramente un paje, que hacía de criado.

—Y yo os envié aviso de que llegaría a mediodía.

—Pero ya ha pasado la hora sexta.

—¿A qué hora tenéis pensado zarpar? —preguntó Trenton, que no quería perder el tiempo en réplicas inútiles.

—Con la siguiente marea.

La marea no tardaría en cambiar, de modo que no había tiempo que perder. El patrón le indicó dónde se hallaba su barco y le prestó a su criado para que lo ayudara con el baúl. Antes de que el sol declinara demasiado la pinaza salió al Solent, el brazo de mar que separaba la isla de Wight de tierra firme, y poco después navegaba por aguas del canal de la Mancha.

Desde la borda del pequeño navío, Trenton veía perderse de vista las abruptas costas de Hampshire. No era hombre dado a la melancolía, pero ya echaba de menos a Isabel. Había conocido a muchas mujeres y amado a algunas, aunque a ninguna como a ella. Recordaba la primera vez que la vio a bordo del Black Crow. Una prisionera más que caía en manos de una tripulación salvaje y hambrienta de mujer, una prisionera muy hermosa por la que apenas sintió nada. Navegar con Sackfield le endurecía el corazón a cualquiera, pero había que tener mucho estómago para ignorar los repetidos abusos a que la sometió la tripulación, los agravios y humillaciones, los azotes y patadas y pinchazos que recibió. Cuando la oyó gemir y sollozar y suplicar por su propia muerte, cuando la vio saltar por la borda para morir ahogada antes que seguir sufriendo ese suplicio, algo se removió en sus entrañas, abandonó la cómoda pasividad que había mantenido y se la arrancó a la fuerza a aquella jauría de bestias.

El crepúsculo se adueñaba del mar. Un cielo oscuro y púrpura como su ánimo, con algunas nubes lejanas, cerraba el horizonte. La tierra era apenas un esbozo negro y la luna, en cuarto creciente, no tardó en señalarles el camino.

Aquel patrón conocía bien su nave y la ruta, y la mañana siguiente entraron en la bahía de Plymouth, uno de los mayores puer-

tos naturales de Inglaterra, rodeado de baluartes y fortines. La pinaza dejó atrás la isla de San Nicolás y desembarcó a Trenton en Sutton Pool, junto a la vieja fortaleza medieval, a la entrada de la ciudad, que tenía un espíritu diferente a Portsmouth. Pese a estar las dos en el canal de la Mancha, aquella miraba al Atlántico. De su puerto habían partido, y a él habían regresado, muchas de las expediciones hacia mares y tierras lejanos, el Caribe, Terranova o el Pacífico.

Philip Amadas paraba en la posada del Cisne. Era un hombre algo mayor que Trenton, grande, de caderas anchas y espesa barba pelirroja. Se habían conocido muchos años atrás, siendo los dos jóvenes, en una expedición de Walter Raleigh que buscaba el paso del noroeste, una ruta alternativa para viajar a Catay y la especiería. La travesía fue durísima, las tormentas los azotaron sin cesar, sufrieron muchas penalidades, perdieron a la mitad de la tripulación y regresaron a Inglaterra sin haber obtenido ningún éxito. Pero los infortunios unen a los hombres, y ellos dos, aunque se hubieran visto poco, seguían considerándose amigos.

Cenaron en la posada en compañía del capitán Arthur Barlowe, segundo de Amadas en el viaje de exploración del año anterior.

—Nuestra misión consistía en recorrer las costas continentales de la Florida, lejos de San Agustín y de los españoles, para no levantar sus sospechas —dijo Amadas—, y navegamos aquel litoral ciento veinte millas hacia el norte, hasta la desembocadura de un gran río en la región de Las Carolinas.

—Buscar bahías abrigadas, con buenos fondeaderos y ríos cercanos —añadió el capitán Barlowe, de la misma edad que su compañero, pero con un aspecto más envejecido—, lugares apropiados para establecer una colonia y cultivar la tierra, conocer la disposición de los indios, sus rivalidades y relaciones con los españoles, y otros detalles que pudieran sernos útiles en el futuro. Descubrir y tomar nota. Esas fueron las órdenes de sir Walter.

—¿Y encontrasteis ese lugar?

—Desde luego que lo hicimos, señor Trenton. —Barlowe cortó el aire con las manos y apoyó sus cantos en la mesa—. Hallamos una tierra que emanaba un olor tan dulce y aromático como si hubiéramos estado en medio de un delicado jardín. Fuimos recibidos por un gran cacique llamado Grangineo, agasajados con manjares exóticos y tratados de forma muy amorosa.

El entusiasmo de Barlowe sorprendió a Trenton, que buscó confirmación en su compañero.

—Un buen lugar para poblar —fue el escueto comentario de Philip Amadas.

—¿Un buen lugar? Por Dios, Philip, no existe en el orbe entero un rincón tan desbordante de abundancia, belleza y fertilidad. Las cosechas, las aves y los animales, los suaves céfiros, frutas jugosas, lluvias estivales, flores de todos los aromas. ¿Qué más quieres?

—Pero la gloria se la llevará Richard Grenville.

El tono del capitán Amadas se había tornado más agrio y Trenton creyó percibir en él un rastro de envidia.

—Un hombre poco apropiado para comandar la expedición —apuntó Barlowe con dureza.

—Yo tenía entendido que el gobernador sería el señor Lane.
—Trenton se daba cuenta de que necesitaba ponerse al día en muchos asuntos.

—Y estás en lo cierto: Ralph Lane será gobernador cuando se funde la colonia. Hasta entonces será un pasajero más.

Trenton disfrutó del encuentro. Volver a sentarse con marinos de altura y charlar con ellos sobre una nueva expedición le producía un placer singular. Le hacía recordar sensaciones que casi había olvidado. Sus compañeros estaban animados y tenían confianza en la misión que iban a emprender: la avanzada de la conquista inglesa en América. Si salía bien, sería una de las más grandes hazañas realizadas durante el reinado de Isabel. Las generaciones venideras recordarían sus nombres.

—Estamos hartos de que los españoles consideren a las Indias Occidentales de su exclusiva propiedad, amigo John —dijo Amadas con énfasis. No eran las riquezas las únicas que motivaban sus actos. Estaba orgulloso de ser inglés y deseaba engrandecer su reino y dar lustre a su nombre.

También Trenton se había sentido orgulloso de su patria, pero la vida había acumulado en él un poso de desencanto que le impedía convertirlo en su fuerza motriz. ¿Qué eran en el fondo los reinos y las naciones, sino ideas intangibles, puras abstracciones? ¿No amaba él a una enemiga? Mas no eran pensamientos para una cena donde bullía la excitación, y Trenton los apartó de su mente y se sumó a la alegría general.

—¿Cuándo zarpamos entonces, señores?

—Antes de que finalice esta semana estaremos navegando rumbo al Caribe —respondió Barlowe.

2

SAINT JAMES

Dos semanas después de la marcha de Trenton, sir Humpfrey llevó a Saint James la noticia de la partida de la expedición. Se le veía exultante, pues también él tenía puestas muchas esperanzas en aquella empresa. Casi tantas como capitales había invertido. Sin embargo, nadie que lo conociera podría tildar al señor Gardiner de avariento. Era, más bien, un negociante lúcido, sensato algunas veces y audaz cuando la ocasión lo requería, un hombre que disfrutaba con lo que hacía y tomaba la vida como venía. Se alegraba de sus éxitos y lamentaba sus fracasos, pero sin permitir que ni los unos ni los otros le quitaran el apetito.

Su esposa y su hija no entendían de negocios ni de política internacional, y para ellas la noticia fue algo secundario. John seguía ausente, y nada sustancial había cambiado.

Tampoco para Isabel. Para ella, el verdadero cambio se había producido cuando se quedó sola. Por primera vez en mucho tiempo estaba sin la compañía de John: su presencia constante, sus atenciones, sus cuantas, afanes, deseos o su mal humor no centraban ahora sus pensamientos ni estimulaban los recuerdos. Podía darse el lujo de pensar en sí misma, en su situación y en sus propios anhelos. En pocos días le pareció recuperar su propio ser, secuestrado en cierto modo por Trenton, y aceptado por ella: resultaba más fácil, y cómodo, dejar las decisiones en otras manos, desde las más importantes, sobre las que nada podía hacer, hasta las más cotidianas. Fue una inesperada sorpresa reencontrarse. Isabel del Puerto. No Elizabeth Trenton, ni Lizzie. Le resultaba grato poder pasar horas en su habitación, tumbada en la cama, leyendo alguno de los libros que había en la casa o su biblia *vulgata*, de la que no tenía intención de deshacerse; dar paseos a caballo por las extensas tierras de Saint James; saludar a la gente que se cruzaba en los caminos, campesinos en su mayoría; comprar cualquier fruslería en la aldea de Northwick, lindera con la heredad, o practicar inglés con su cuñada.

Sin embargo, aquella situación duró apenas lo que una caricia de sol en un día nublado. La señora Gardiner no estaba dispuesta a consentirlo, y pronto dio la primera muestra de ello.

—Elizabeth, querida, considero poco respetable que una mujer casada pasee sola por los caminos —le dijo con gravedad una tarde en el amplio salón de la casa, lo que en tiempos fue la iglesia de la abadía. Se habían añadido algunas ventanas a las que originalmente tenía, pero aun así la estancia no era muy luminosa.

—Son las tierras de la propiedad, Sarah —respondió sorprendida Isabel. La relación con su suegra no era excesivamente cordial, pero no se esperaba aquella amonestación—. Desde que partió John me encuentro algo decaída, y salir de la casa me hace mucho bien.

—La verdadera fuerza la hallarás en el Señor. Es a él a quien debes dedicar tu tiempo a través de la lectura de los textos sagrados y de la oración.

Isabel pensó que una cosa no quitaba la otra, pero prefirió asentir en silencio y no discutir con su suegra. Llevaba tiempo observándola. Sarah Gardiner tenía un carácter dominante que escondía tras un velo de refinada hipocresía. Le gustaba salirse con la suya, pero de manera solapada, en especial con los hombres de la familia, con sugerencias, consejos, medias verdades o, si era necesario, sinuosas maniobras. Era también una convencida seguidora de la reforma religiosa y mostraba una gran animosidad hacia todo lo relacionado con la Iglesia de Roma.

Isabel sabía de las dudas que la señora Gardiner albergaba acerca de su verdadera fe, y no descartaba que su suegra hubiera conseguido enterarse del par de misas católicas a las que la había llevado John. En realidad, su advenimiento no le había gustado en absoluto a su suegra. Le costaba aceptar que la esposa de su hijo mayor, a quien profesaba un amor inmenso, fuese una extranjera de origen incierto.

La limitación de los paseos a caballo fue sólo la primera piedra del muro que la señora Gardiner trató de levantar alrededor de Isabel. Amparada en el deseo de ayudarla a habituarse a la vida inglesa, de aconsejarla sobre el recato esperado de una mujer con el marido ausente, la madre de John dispuso las directrices sobre la manera de vestir de su nuera, limitada a bastas telas grises y negras; sobre la organización de las actividades del día, más rígida que en un convento; sobre el estudio de la doctrina anglicana, la asistencia a los sermones dominicales, el uso de la cofia para ocultar su hermoso cabello o la prohibición de asistir a las ferias de los pueblos y villas aledaños.

Pero lo que peor llevaba Isabel eran las pesquisas sobre su pasado.

Cuando llegaron a Saint James, Trenton sólo les dijo que ella era una dama de noble origen a la que había rescatado de un naufragio, que se había enamorado de ella durante la travesía y que se habían casado en Francia.

—¿Con un sacerdote papista?

—Con el que había disponible, madre —le había respondido Trenton con una sequedad que no daba pie a más averiguaciones.

Pero Isabel recordaba bien las miradas que habían cruzado los demás miembros de la familia, porque todavía le duraba la vergüenza. Era evidente que nadie se había creído aquella concisa historia. O creyeron que detrás de ella había una mucho más escabrosa. A Trenton pareció no afectarle lo que pensaran. En todo caso, para tranquilizarlos a todos, la convenció de realizar una nueva ceremonia en el priorato de Saint James, ante el clérigo local, y así el matrimonio quedó registrado en el libro parroquial.

Sin embargo, desde la partida de John, la curiosidad de la señora Gardiner se había hecho voraz, y asaeteaba a Isabel con multitud de preguntas sobre el naufragio, la vida a bordo, los puertos en que habían tocado, o sobre su familia, su casa, su linaje y su pasado. En un primer momento, Isabel intentó salir del paso con vaguedades, pero la insistencia de su suegra no cejaba y ella, a quien ni le gustaban las mentiras ni se le daba bien contarlas, acabó por confesar que era originaria de Nueva España, que la nao en la que viajaba había sido hundida por el Black Crow, que su padre había muerto durante el ataque y que John la había salvado y la había protegido de la barbarie de la tripulación.

No contenta con haber obtenido aquel ramillete de verdades, la señora Gardiner siguió adelante con sus pesquisas. Quería saberlo todo acerca de ella, hasta los detalles más humillantes. En cierta ocasión le preguntó si había mantenido relaciones íntimas con su hijo durante el cautiverio, y la indignación por aquella indiscreta pregunta le dio a Isabel las fuerzas necesarias para responderle con contundencia.

—Preguntádselo a vuestro hijo, señora, y probad qué os contesta.

Y fue mano de santo, porque las averiguaciones cesaron casi por completo, hasta limitarse sobre todo a cuestiones religiosas.

—John nos ha metido en casa a una papista —le dijo un día Sarah a su esposo. Isabel se hallaba cerca y oyó la queja, y también la desprecupada respuesta del señor Gardiner.

—A mí me parece una chica un poco perdida. Pero alégrate, mujer, porque así podrás enseñarle la doctrina de nuestra Iglesia.

—Ser papista es un delito.

—El delito es hacer proselitismo de la Iglesia de Roma. Ser papista sólo es una desgracia que tiene fácil remedio. Basta con que la traigas al redil. El Todopoderoso te lo agradecerá.

Isabel había tratado poco al señor Gardiner, que pasaba mucho tiempo fuera de casa, y no se había formado una opinión clara de él. A veces creía que estaba sometido por completo a la voluntad de su esposa y otras veces le daba la impresión de que tal sometimiento era sólo aparente, que era sir Humpfrey quien llevaba el timón del matrimonio.

La relación con su cuñada era un poco más afable, si bien Isabel percibía en ella un cierto desapego que le impedía darle ni tomarse confianzas. Tenía Mary más o menos su misma edad. Había estado prometida con el hijo de un caballero de Bristol, al que amaba mucho, pero era un hombre de naturaleza enfermiza y falleció a causa de una pulmonía. En atención a sus sentimientos, sus padres se estaban tomando con calma la búsqueda de un nuevo pretendiente. Mary e Isabel pasaban buena parte del día juntas. Bordaban pañuelos, cofias o chalinás; hacían algunos arreglos a sus vestidos; se peinaban y despiojaban; paseaban por el coqueto jardín que había en la fachada sur de la casa; jugaban a los acertijos, a las tres en raya o charlaban sobre cosas banales.

Por voluntad propia, o a instancias de su madre, Mary se había adjudicado la tarea de educar a Isabel en la doctrina de la Iglesia anglicana, que no era tan distinta de la de Roma, más allá de que era el rey, y no el papa, la cabeza de la Iglesia en la tierra. Todas las mañanas dedicaban un buen rato a la lectura de las Santas Escrituras, así como a estudiar y familiarizarse con la liturgia anglicana a través del libro de oración común, que recogía los cultos diarios y dominicales; las oraciones de la mañana y de la tarde; las letanías, los sacramentos del bautismo, confirmación y matrimonio y otras partes de la liturgia que variaban diaria o semanalmente. Los días festivos asistían al sermón del reverendo Lamb, el clérigo que atendía Northwick y el priorato de Saint James, rezaban salmos y entonaban cánticos. A Isabel le producían mucho respeto las vehementes miradas que el reverendo le dirigía, más frecuentes de lo necesario. Le parecía que, con aquel simple gesto, no hacía otra cosa que señalarla entre la concurrencia.

3

ALREDEDORES DE AMBERES

Si los rebeldes creyeron que el tiempo disuadiría a Farnesio de continuar con el asedio, se equivocaron. Su ejército, formado por tropas bien entrenadas y bien dirigidas, poco acostumbradas a retroceder, soportó con estoicismo las inclemencias del invierno, las lluvias de la primavera, las avenidas que provocaban los rebeldes con la apertura de las esclusas, los ataques a convoyes de suministro o el constante hostigamiento a sus posiciones.

Durante meses se sucedieron tomas y pérdidas de aldeas, isletas y fortines, ataques a diques y contradiques, emboscadas, choques a campo abierto, encamisadas, operaciones navales, lanzamiento de brulotes contra el puente y varios intentos de tomarlo por las armas, sin que los rebeldes consiguieran ningún logro significativo. La situación de Amberes se tornaba cada vez más lastimosa y desesperada. El tiempo corría ahora a favor de Farnesio. Para evitar que la ciudad cayera en sus manos, los rebeldes coordinaron esfuerzos y emprendieron una operación verdaderamente enérgica.

Estaba ya avanzada la primavera.

Apenas tocaron a vísperas las campanas de las iglesias católicas, los rebeldes se pusieron en marcha. El punto elegido para el ataque fue el contradique de Kowensteyn, una franja de terreno, fuera del cauce del Escalda, de unas cien varas de anchura y dos millas de longitud. Esta obra cortaba el acceso a Amberes a través de las amplias zonas anegadas por la apertura de las esclusas en la margen norte del río. Dado su valor estratégico, había en él obra de diez fortines y casas amuralladas y estaba protegido en toda su longitud, a uno y otro lado, por sendas barreras de troncos semihundidos.

Al amparo de las primeras sombras, salió de Amberes un enorme navío de cuatro palos artillado como una fortaleza, abandonó el cauce del Escalda por una esclusa abierta y se acercó a Kowensteyn a través de las tierras anegadas. Tales eran su peso y magnitud que necesitaba ser arrastrado por cuatro remolcadores. Daba espanto observar sus dimensiones y la cantidad de cañones, esmeriles, falconetes y hombres de armas que llevaba. Y, sin embargo, aquella desmesura era su talón de Aquiles. La sobrecarga y el gran calado lo hacían tan inma-

nejable que no logró aproximarse lo suficiente al fortín de la Victoria, en un extremo del contradique, para desembarcar las tropas que portaba. Así, medio varado en el cieno del fondo, no pudo hacer otra cosa que intercambiar cañonazos con el fortín y dar, con su fuego, protección a varios bateles llenos de soldados que intentaron atacarlo sin demasiada fortuna.

Pero la acción del inmenso brulote, al que los rebeldes habían bautizado como «El Fin de la Guerra», era sólo una maniobra de distracción. El ataque principal vino desde el mar y lo efectuó la flota holandesa, que subió el río con la ayuda de la marea creciente y arremetió contra una franja poco guarnecida del contradique, entre los fortines de San Jorge y la Plata. Primero los sometió a un duro castigo artillero y a continuación desembarcó a dos millares de soldados que trabaron combate de inmediato con las escuadras que patrullaban el contradique. La lucha fue violenta pero breve. La desproporción de efectivos era mucha y los soldados realistas se vieron obligados a resguardarse a los fortines. Dejaban tras ellos un sangriento rastro de muertos y heridos a los que los rebeldes degollaban sin ninguna compasión.

Una vez consolidado el dominio rebelde en aquel sector, una legión de zapadores armados de picos y palas se dedicó a cavar profundas zanjas con objeto de que corriera por ellas, y se desbordase, el agua de la pleamar. Esta acción hizo subir el nivel del agua en la orilla sur del contradique, lo que a su vez permitió que El Fin de la Guerra desencallara y que más barcos venidos desde Amberes se sumaran al ataque.

Cuando las tropas de Farnesio destacadas en la zona se dieron cuenta de la gravedad de la situación, reaccionaron. Tarde, pero reaccionaron. Desde el fuerte de Stabroeke, en el extremo norte del contradique, salieron varias compañías al mando del conde de Mansfeld. Y al sur, el coronel Mondragón sacó del fuerte de la Cruz a siete banderas de su tercio para lanzar un contraataque.

Antes de salir, los soldados rezaron, rodilla en tierra, la oración del avemaría y, en su santo nombre y en el de su patrón, Santiago, abandonaron la puerta en ordenados escuadrones de piqueros y arcabuceros y marcharon por la estrecha franja de tierra a paso largo y con las armas prevenidas. En su camino se encontraron dos casas fortificadas y un fortín casi abandonados, pues su capitán, un tal Camillo dell Monti, se había llevado a los soldados al choque con los

rebeldes. El coronel Mondragón dejó varias escuadras de refuerzo y siguió con el grueso de la tropa hacia el centro del contradique, donde enlazó con la compañía de italianos que combatía con denuedo contra el enemigo.

Los rebeldes tenían en su poder unas quinientas varas de terreno. La mitad de los hombres combatía mientras el resto, armados con herramientas de albañil, ampliaba las zanjas que cortaban el dique. En algunas partes el agua del mar, que había llegado a su máxima altura, se desbordaba en grandes avenidas por la cara interior del dique, arrastrando la tierra, piedras y escombros de su cimentación.

Mondragón había enviado en vanguardia a la compañía del capitán Juan Verdugo, cuyos hombres, dispuestos en un apretado cuadro, avanzaban con gran lentitud sobre el dique, pues solamente las primeras filas podían trabar combate con el enemigo.

Entre tanto, los navíos holandeses continuaban barqueando hombres a la calzada y cañoneándose con las baterías de los fortines. El intenso fuego artillero llenaba la noche de destellos blanquecinos, anaranjados y rojizos y de un humo acre y más espeso que las nieblas que solían formarse sobre las aguas. Los barcos también tenían a bordo arcabuceros, que hostigaban con sus rociadas a la infantería realista. Para intentar neutralizarlos, el coronel Mondragón destacó en su flanco derecho una manga de mosqueteros cuyos disparos, aunque más lentos, tenían mayor alcance y efectividad.

La escuadra de Duarte, que era de arcabuceros, combatía en primera fila. Vestían coseletes ligeros o cueras sobre los jubones, y en lugar de casco llevaban chapeos adornados con cintas y plumas de ganso, calzas largas, botas hasta la rodilla y terciados de hoja corta. Completaban su indumentaria con una bolsa de balas, un cuerno para la pólvora, doce cargas preparadas en pequeñas redomas de madera que pendían del talabarte y la daga misericordia para dar la estocada de gracia a los moribundos.

Aunque no se trataba de una encamisada, el coronel Mondragón había dispuesto que los hombres portasen escarapelas blancas, para poder distinguirse entre ellos en la oscuridad de la noche. La luna menguante se alzaba un palmo sobre el horizonte, pero su escasa claridad se perdía entre la humareda de la artillería.

El peso del combate en el estrecho dique recaía en los piqueros de ambas formaciones. La pelea era cerrada e incómoda. Cuando había espacio, los arcabuceros se adelantaban unos pasos a los piqueros, ha-

cían sus disparos y se recogían al resguardo de las lanzas mientras recargaban las armas. Los rebeldes combatían con igual táctica y semejante empuje, si no superior, pues era mucho lo que les iba en el envite.

—No es moco de pavo esta refriega, mis señores —dijo Sancho Crespo a sus compañeros, sudando y jadeando por el ejercicio y el calor. Escupió dentro del cañón una bala de plomo y echó mano de la baqueta.

—Aprieta los dientes, Sancho, para que los herejes no escuchen cómo te castañetean —se burló Alonso de Alconchel, y como el otro conocía su humor chusco, dejó pasar la burla con una sonrisa.

Por las voces que daban, enfrente de ellos debían de tener a una de las compañías de ingleses de la guarnición de Amberes. De repente recibieron una descarga de los navíos holandeses y las balas se llevaron a algunos españoles y a otros tantos ingleses, que no estaba la noche para hacer distinciones. Y se giraron estos hacia el mar haciendo aspavientos y dando grandes voces para que no hicieran fuego sobre ellos.

Duarte aprovechó el desconcierto y apremió a los suyos:

—¡Adelante! —les gritó, y, dando ejemplo, se arrastró bajo las picas propias e incluso bajo las de los enemigos, esquivó los cadáveres de los caídos, puso rodilla en tierra, llevose el arcabuz a la cadera y soltó un nuevo disparo. A la luz del chispazo vio unos ojos desorbitados, muy azules, en los que parecía haberse paralizado la vida. Otros hombres hicieron lo propio, el reducido pasillo bajo las picas fue como un carnaval de luces y petardos, un carnaval macabro de voces roncadas, lamentos, de pujidos y sollozos, de cuerpos abatidos, soldados que se arrastraban por el lodo. Las espadas tintineaban y lanzaban chispas al cruzarse con las enemigas, las astas de las picas entrechocaban como las largas y peladas ramas de los álamos en los días de viento, y el olor de la sangre y los fluidos derramados, del vómito, de las tripas despanzurradas se confundía con los fétidos vapores de las aguas estancadas. Y la masa avanzaba unos pasos, retrocedía otros tantos y los volvía a recuperar en el constante flujo y reflujo que provocaba el combate sobre el contradique.

Los rebeldes se defendían con mucha furia y valor al amparo de unos parapetos de tierra que habían levantado, pero, en el otro lado del sector que controlaban, empujaban con fuerza las banderas del conde de Mansfeld, reforzadas por cien picas enviadas por el general Farnesio. Se tornó entonces más violenta la refriega, si aquello era

posible, y algunas escuadras realistas comenzaron a saltar las defensas rebeldes y colarse entre sus líneas, desordenándolas y haciéndolas retroceder hasta las zanjas que acababan de cavar.

A medida que se desbordaba el agua por el contradique, la laguna interior se fue llenando de agua, y más barcos procedentes de Amberes consiguieron aproximarse a Kowensteyn y desembarcar sus tropas en una zona controlada por los realistas. La tarea de aquellos recién llegados resultaba casi suicida, combatiendo cuesta arriba en el resbaladizo talud. Aun así, porfiaron con tanto arrojo que algunas escuadras se abrieron paso hasta la calzada y establecieron en ella una pequeña cabeza de puente. Cuando el coronel Mondragón se dio cuenta, destacó a media compañía mixta de picas y arcabuces para desalojarlos de allí.

El combate se prolongaba tanto que la marea empezó su reflujo. En el lado que daba al mar el nivel de las aguas descendió deprisa, y los navíos que se habían arrimado demasiado al contradique quedaron varados en el fondo, inútiles para disparar y maniobrar. Y el agua que antes discurría en abundancia por las zanjas abiertas a pico y pala se transformó de repente en pequeños regatos. Los soldados rebeldes, viendo que perdían posiciones y que estaban teniendo grandes bajas, se apertrecharon tras aquellas zanjas dispuestos a resistir el empuje de las tropas realistas. Estas, en cambio, enardecidas por las dificultades en que se hallaba el enemigo, atacaron con más atrevimiento para romper de una vez su resistencia. La compañía de Juan Verdugo y otros dos de la vanguardia consiguieron allegarse hasta el fortín de San Jorge y librar a sus defensores del asedio al que habían estado sometidos. Después, todos juntos, prosiguieron el avance, paso a paso, hasta rechazar a los holandeses más allá de una de las zanjas que habían abierto.

—¡Vamos, valientes, buscad lo que haya a mano para rellenarla! —les gritaba el capitán Verdugo, pero como apenas había piedra, tierra ni fajina y eran pocos los zapadores, los soldados echaban mano de los cuerpos de los herejes caídos y los lanzaban y acomodaban en el fondo, como si se tratara de sacos terreros, hasta lograr cegar la zanja.

—Muchas acciones terribles he visto en los afanes de la guerra, pero ninguna tan macabra como esta —juraba el soldado Pedro Ariztimuño, un guipuzcoano de Guetaria, mientras ayudaba a Duarte a transportar el cadáver ensangrentado de un rebelde. Las ropas, rebosadas en barro, habían perdido su color, la cabeza colgaba hacia un

lado, los cabellos tocaban el suelo y por una cuchillada en el vientre le asomaba un chorizo de tripas.

Nada dijo Duarte, que echaba el resto en sostener el voluminoso cuerpo del muerto, pero Alonso de Alconchel, que trasladaba otro cadáver con Parrita, no desaprovechó la ocasión para dirigirle un pullazo al compañero.

—Dígame vuesa merced: ¿en qué campañas floridas ha tenido la suerte de pelear hasta ahora?

—No es momento para chanzas, Alonso —le reprochó Parrita, que por los pies sujetaba al fiambre que les había caído en suerte.

Al finalizar el relleno, los soldados pasaron sobre los yacentes para continuar la batalla al otro lado. Muchos arcabuceros consumieron el parque y no pudieron más que echar mano de sus terciados y pelear al amparo de las picas, agachados, ensangrentados, resbalando en el barro de la calzada o en la sangre derramada, tajando o lanzando puntadas hacia los piqueros holandeses e ingleses, parando sus acometidas cuando respondían de la misma manera. Y echándole, en fin, valor, coraje y cabeza, las compañías de Mondragón fueron haciendo retroceder a las tropas enemigas hasta reducirlas a una apretada bolsa junto al fortín de la Plata.

La claridad que asomaba por oriente permitió apreciar la gran cantidad de sangre vertida en el contradique. Los holandeses, dando por fracasada la intentona, comenzaron a huir en un sálvese quien pueda que provocó precisamente el efecto contrario: rotas las líneas y vueltas las espaldas, el final de la batalla se convirtió en una desbocada cacería donde los monteros perseguían y daban muerte a sus presas sin más preocupación que contarlas para presumir después de a cuántas habían abatido.

Los rebeldes que se rindieron fueron respetados, o no, dependiendo de la honra del oficial que los capturaba, otros quedaron apresados en el lodo de la marisma y fueron degollados con la clemencia habitual de aquella guerra, pero la mayoría se deshizo de sus armas, coseletes y armaduras y se lanzó al agua para alcanzar a nado los navíos que no habían encallado.

Desde los fortines se cañoneó a placer a los barcos, destrozando y hundiendo unos cuantos. Algunos soldados realistas, deseosos de ganar riquezas u obtener ventajas, se embarcaron en bateles abandonados para allegarse hasta ellos y saquearlos. El resto de la flota holandesa arrumbó hacia la desembocadura del Escalda, en tanto la

que había venido de Amberes remontaba el cauce en dirección a la villa.

Por la mañana se hizo patente la magnitud de la escabechina, pues había más de cuarenta centenas de rebeldes muertos en el dique, en las zanjas o flotando sobre el agua. Entre los realistas, las pérdidas habían sido apenas una quinta parte. Muchas, en todo caso. Una legión de cuervos y gaviotas reñían entre graznidos, duelos aéreos y feroces picotazos por comer de sus restos, que empezaban a heder con el bochorno de la mañana.

—Cuántos buenos soldados se han perdido en este dique —comentó Duarte a sus compañeros ante tan sombrío paisaje.

—Ojalá que su sacrificio haya servido para algo —respondió Pechoabierto.

—Lo que ha menester es que entremos en Amberes y gocemos de los placeres y riquezas que esconde, al menos los vivos —sentenció Alonso de Alconchel.

La batalla del contradique no bastó para que los rebeldes rindieran Amberes, pero esos vivos que mencionaba el de Alconchel tuvieron su reconocimiento, su homenaje y sus ventajas por el valor y la firmeza demostrados en la jornada de Kowensteyn.

4

OCÉANO ATLÁNTICO

A pesar de los parabienes con los que se había hecho a la mar, la flota comandada por sir Richard Grenville no tuvo una navegación muy afortunada. La valiosa expedición que habría de iniciar la colonización inglesa de ultramar estaba formada por cinco navíos y dos pequeñas pinazas con más de trescientos tripulantes a bordo entre marineros, soldados y colonos.

En ella se habían puesto las ilusiones, dineros y ambiciones de mucha gente, desde modestos armadores y pequeños aristócratas hasta hombres tan poderosos e influyentes como Walter Raleigh, a quien la reina había concedido el título de lord por haber bautizado las nuevas tierras con el nombre de Virginia. Todos ellos estaban convencidos de que era necesario establecer asentamientos ingleses en las extensas e inexploradas costas de América. Querían traer a los paganos al cristianismo, pero a un cristianismo basado en la Reforma, explotar

nuevas fuentes de recursos y abrir, al mismo tiempo, nuevos mercados, seguir buscando el paso del norte entre ambos océanos y contar con bases privilegiadas desde las que atacar a las flotas de la carrera de Indias. La reina no tuvo inconveniente en dar su visto bueno a la iniciativa ni en conceder a Raleigh la licencia para organizarla.

La flota había partido en abril con rumbo sur, en busca de los alios necesarios para cruzar el Atlántico, pero una fuerte tempestad la azotó frente a las costas portuguesas, hundió a una de las pinazas y la dispersó, con lo que cada navío hubo de cruzar el océano en solitario.

A John Trenton le habría gustado embarcarse en el *Dorothy*, capitaneado por Philip Amadas, pero no fue posible. Richard Grenville, que estaba al tanto de sus correrías por el Caribe, lo retuvo a su lado en el *Tiger*, el buque insignia, en el que también viajaba el futuro gobernador de la colonia, Ralph Lane, un militar con años de servicio en Irlanda.

Trenton no tardó en darse cuenta del error de poner a Grenville al mando de aquella flota. Era un hombre impetuoso, agresivo y en cierto modo amargado. Consideraba que lo habían relegado durante años a un papel muy secundario y que hombres de menor valía se habían enriquecido enormemente gracias al favor de la reina. Estaba por ello obsesionado con lograr las riquezas que se merecía. Y desde el principio dejó claras sus prioridades.

Poco después de haber partido de Plymouth avistaron un pesquero español que se dirigía a Terranova, y Grenville no tuvo inconveniente en perder dos días en una persecución que, a la postre, les produjo un magro botín. Quizá, si no hubieran perdido aquel precioso tiempo, habrían conseguido esquivar la tempestad.

A lo largo de la travesía Trenton tuvo un trato frecuente con el piloto principal de la flota, un renegado portugués llamado Simón Fernandes. Fernandes había sido ya piloto en la expedición de Amadas y Barlowe y parecía un hombre de fiar, muy allegado a Walter Raleigh. Trenton, al principio, dio por hecho que su ayuda a Inglaterra se debía a su lealtad al Prior do Crato, pero Fernandes le reveló que durante más de una década había navegado para la Corona española.

También conoció a dos curiosos pasajeros. Eran el pintor John White, un hombre con experiencia en cargos de gobierno y afamado por su pericia con la técnica de la acuarela, y Thomas Harriot, un joven algo menor que él, excelente observador y entusiasta de la na-

turaliza a quien Raleigh le había encargado que escribiera una relación de los sucesos de la expedición.

El Tiger fue el primero en arribar a una ensenada al sudoeste de Puerto Rico, el punto de encuentro en caso de separación. Grenville aprovechó la espera para abordar y saquear dos mercantes españoles. Poco después apareció el Roebuck, que había tenido una travesía muy sufrida y traía a la gente maltratada y exhausta, pero Grenville ordenó abandonar la ensenada sin aguardar al resto de los barcos. Su decisión no gustó a nadie, en especial a Ralph Lane, con quien mantuvo una agria discusión.

—Esta decisión tan arbitraria excede vuestras atribuciones, sir Richard —le dijo Lane—. Ya hemos llegado a las Indias Occidentales y debéis acatar mi autoridad. Y yo no estoy dispuesto a abandonar a su suerte al resto de barcos y gentes de la expedición.

—Vuestra jurisdicción comenzará cuando fundemos la colonia, no antes —le replicó con altanería Grenville—. Por ahora no sois más que un pasajero que se beneficia de mi rancho y de las comodidades que os estoy ofreciendo en mi navío. Y la partida de aquí no es en absoluto arbitraria. Aunque la villa de San Juan se halla al otro lado de la isla, los españoles saben de nuestra presencia, y corremos el peligro de que nos ataquen en cualquier momento. Entonces se acabaría definitivamente nuestra misión. ¿Es eso lo que deseáis?

—Si no os hubierais dedicado a hacer de corsario, seguramente nadie se habría enterado de nuestra presencia.

—La travesía se ha hecho más larga de lo pensado, y las mercancías y víveres que hemos conseguido nos serán de gran utilidad en el futuro asentamiento. En todo caso, yo no os obligo a partir. Sois libre de quedaros en esta ensenada y esperar a quien os plazca —dijo finalmente Grenville.

Ralph Lane aceptó a regañadientes, y a finales de mayo abandonaron la ensenada, cruzaron el estrecho que separaba Puerto Rico de la Española, entraron en el canal de la Bahama y en varias jornadas alcanzaron la desembocadura del río Pamlico, ya en Virginia, donde se toparon, inesperadamente, con el resto de la flota. Felizmente reunidos, reemprendieron la travesía siguiendo hacia el norte la costa del continente; sin embargo, Barlowe y Amadas habían subestimado las dificultades de aquellas aguas, poco profundas para los barcos de gran calado, y el Tiger encalló y se desfondó cuando se aproximaban a su destino en la isla de Roanoke.

El naufragio de la nave capitana fue una desgracia para la expedición. Supuso la pérdida de los bastimentos, víveres y suministros que transportaba, y dio lugar a una polémica entre el capitán y su piloto, pues cada cual achacaba al otro la responsabilidad del percance. Grenville, que estaba acostumbrado a imponer su voluntad por encima de todas, encontró en Fernandes a un hueso duro de roer, pues era el único hombre sobre el que no poseía ascendiente. El conocimiento que tenía el piloto de aquellas aguas y los mapas que llevaba consigo, llenos de términos en portugués y en español, eran indispensables para el éxito de la empresa.

—La culpa ha sido de este puto moreno, por habernos conducido de cabeza a los bajíos —clamaba con ademanes teatrales Grenville frente al gobernador y demás oficiales del Tiger. Pero Fernandes se defendió alegando que había avisado de los peligros del canal de Pamlico y que, gracias a él, se había evitado un desastre mayor.

La discusión se prolongó un buen rato sin que ninguno diera su brazo a torcer. Trenton, que había sido testigo de lo ocurrido, no pudo menos que descargar de culpas al portugués, lo que le valió la animadversión del almirante. Una animadversión que tendría sus consecuencias. El gobernador Lane era de la misma opinión, pero tuvo la prudencia de callársela y con buenas palabras y mucha mano izquierda logró sosegar los ánimos y evitar que el pleito llegara a más.

En todo caso, no era aquel el clima más adecuado para iniciar la andadura de la primera colonia inglesa en las Indias Occidentales.